

Mallorca

Lion, Mario Norberto
Mallorca / Mario Norberto Lion. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Vocación, 2015.
136 p. : 21 x 13 cm.
ISBN 978-987-28754-5-9
1. Novelas Románticas. I. Título
CDD A863
Fecha de catalogación: Octubre de 2015.

Editor responsable
Héctor Calós

Edición
Javiera Gutiérrez

Producción
Diego Juan

Dirección de arte y diseño
Estudio Gomo
gomo.com.ar

Corrección
Pablo Valle

Edita



VOCACION

Perú 457, piso 2
CP1067AAI / CABA / Argentina.
Teléfono: 4345-1215
email: info@vocacion.net

Mario Lion

Mallorca

Agradecimientos

Haber participado del taller de Fernando Sánchez Sorondo fue una experiencia que me ha marcado. Me ayudó a pulir, corregir y sobre todo a escuchar a otros e involucrarme en los escritos de los compañeros. Les agradezco a todos ellos: Julio Gottheil, Alejandrina Malenchini, Marina Frederking, Marta Kreutzer, Alberto Tarsitano, Adriana Menéndez, Graciela Belcher, Julia Laspiur, Marcelo Putignano, Gabriela Alfie.

Fernando. Además de ser buen tipo, es generoso con sus alumnos y con su calidez transmite con fianza, condición imprescindible para escribir. No quiero incomodarlo elogiándolo mucho, pero él es alguien excepcional. Agradezco a mis compañeros y especialmente a Fernando.

A Javiera Gutiérrez, querida amiga que participó en la corrección y edición del libro. Con su talento y criterio, simplifica lo que parece complicado. Es un placer trabajar con ella.

Mi mujer, Mabel Gutmark, tiene un oído riguroso y sabio. A pesar del dolor que la lectura de esta obra reavivaba en ella, supo ayudarme al escuchar con paciencia y dar su visión aguda sobre el texto. Un verdadero acto amoroso. Este párrafo es insuficiente para agradecerle y describir cuánto la valoro y la quiero.

En un beso, sabrás todo lo que he callado.

Pablo Neruda

A los amores que no fueron.

A los amores que no serán.

A los amores que encontramos.

Índice

Pilar y Augusto

Pilar	17
Barcelona.....	21
Butaca	25
Manos	27
Caricias.....	31
Nina y Pedro.....	35
Paseo	39
Bar Mitzvá.....	43
Secreto	49
Sòller	51
El Corte Inglés.....	59
En la Cueva del Drac.....	63
Mamá.....	67
El lagarto de Gaudí.....	73
Un abrazo	77
Tossa de Mar.....	81
Amarillo	87
Dentista.....	91
Intrusos	95
Papillas.....	97

Lisy

Mate	103
Casa	107
Lactancia.....	111
Reloj.....	113

Marcelo

Mallorca	119
Consulta	123
Octavo piso.....	127
Entierro.....	129
Encuentro.....	131

Prólogo

Escribí esta novela atravesado por el dolor. La pérdida de un ser querido me llevó a escribirla y mientras lo hacía me fui dando cuenta de lo mucho que quise a esta persona mientras vivió. Más de lo que suponía.

Emprendí el trabajo a partir de la necesidad de describir episodios que me enojaban, que me revelaban una ausencia de lucha contra la adversidad, una actitud sin rebeldía, entregada a la muerte. La historia me era conocida, pero fui descubriéndola desde una mirada diferente y la convertí en ficción.

Quise alejarme de la compasión para entender que los efectos del amor materno pueden ser, a veces, devastadores.

Hay en esta historia amores egoístas, que asfixian, que no dejan crecer. Amores que nunca llegarán a concretarse. Enamoramientos que comienzan y no continúan. Personajes que se rehacen y vuelven a intentarlo.

La pena del amor que no se concreta es un tema de la literatura universal y no hay pretensión alguna de ser original. No me importó mucho en el momento de escribirla, solo deseaba plasmar sentimientos exponiéndolos lo más al desnudo posible.

Busqué intencionalmente un modo “estroboscópico”, como esas luces intermitentes que iluminan imágenes que parecen estar quietas pero se mueven, como en las discotecas. Así, los episodios de *Mallorca*, uno al lado del otro, pueden ser leídos como una serie de cuentos breves que revelan un sentido final que el lector debe-

rá unir. Si fuera una pintura, se asemejaría a una serie de manchas que en su conjunto hacen una forma.

No hay contextos históricos ni reflexiones explícitas sobre la condición humana. Hace foco en los detalles, los gestos cotidianos que se resignifican con el tiempo y, sin que nos demos cuenta, marcan nuestro camino más allá de nuestra voluntad.

En este *collage* de imágenes, de diálogos que componen nuestra existencia, no somos pensados por alguien que nos guía, no hay quien determine nuestro destino. Somos nosotros que, con mecanismos autodestructivos incorporados, grandezas ocultas que nos enaltecen y todas las contradicciones posibles, quienes nos proponemos alcanzar algún estado de bienestar o felicidad.

Esta historia es la de seres frágiles, vulnerables, alejados de cualquier heroísmo. Como cualquiera de nosotros.

Mario Lion

Pilar y Augusto

Pilar

Se levantó temprano. Le había costado dormirse, porque imaginaba el encuentro que tendría en un par de horas. El vuelo llegaría a las doce del mediodía.

Mientras se aplicaba el corrector de ojeras, escuchó que su madre merodeaba en el corredor, al otro lado de la puerta del cuarto de baño.

—¿A qué hora te irás?

—En una hora. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que Lucio pasará a buscarme y quería saludarte.

—No creo que esté para cuando el tío llegue.

—¿Por qué tanta prisa?

—Debo recoger a alguien al aeropuerto.

—¿A quién?

—No te preocupes, mamá. Lo saludaré cuando pase a recogerte por la casa de él.

—Sí, pero eso será dentro de quince días.

—Dieciséis. Descuida, él sobrevivirá sin verme durante ese tiempo, y yo también.

Pilar casi se la lleva por delante cuando salió hacia su habitación. Entró al dormitorio, cerró la puerta y sacó un par de vestidos del placard. Tenía planificado usar el de color azul. Era elegante y le realzaba la figura. El rojo lo había descartado por parecerle muy atrevido; no quería impresionar mal a su invitado. Como dudaba con el verde, se lo probó. Había una arruga que no la convencía. Miró la hora. Ya no quedaba tiempo para plancharlo y volvió a la elección inicial.

Al salir, Milagros la observaba con atención.

—¡Caramba!, ¡qué guapa estás!

—Gracias. Es que me voy de vacaciones.

—¿A quién recogerás en el aeropuerto?

Pilar prefirió no responder.

—Nos iremos a Mallorca con Pedro y Nina.

—No me parece que te produzcas de esa manera, como se dice

ahora, para ver a unos amigos que conoces desde hace treinta años. No te vestías así ni cuando estabas casada.

—No tengo por qué darte explicaciones a mi edad, ¿no te parece, mamá?

Pilar presionó la tapa de su maleta hasta que un clic anunció el cierre y, entonces, la arrastró hasta la puerta del living.

—Te llamaré en unos días. Saluda al tío Lucio de mi parte.

—Está bien —Milagros se había entristecido.

Pilar se acercó y la abrazó.

—Ay madre, no te pongas mal. El tiempo transcurre de prisa. Son diez días nada más. La pasarás bien en Sitges.

—No tengo otro remedio, hija.

—Te llamaré. —Volvió a abrazarla y le dio un beso, tratando de que sus labios no hicieran contacto para evitar despartarlos.

Milagros murmuró un rezongo, buscando otro mimo. Pilar no quiso prolongar la partida. El avión llegaría en una hora y, aunque tenía tiempo, prefirió salir de una buena vez.

Antes del ingreso al aeropuerto, se entretuvo en un semáforo chequeando su peinado en el espejo retrovisor, lo que le valió el bocinazo de un conductor impaciente.

En el salón de arribos, intentaba memorizar el rostro de Augusto. Una foto recibida por el correo electrónico era todo lo que había obtenido. La galantería de ese hombre, con quien jugaba al *bridge* por Internet y que se manifestaba en un lenguaje recargado, fuera de moda, había despertado su interés. Se sorprendió a sí misma cuando decidió enviarle el *ticket* del avión y pagarle todos los gastos de su estancia. Para un argentino —creía— viajar a Europa resultaba económicamente inaccesible. No quiso contárselo a nadie, salvo a Nina, para evitar comentarios maliciosos. Tenía claro que a sus cincuenta y dos años debía desinhibirse de las costumbres tradicionales para “disfrutar de lo que quedaba por delante. Después de todo, no hay otra vida y, si la hubiera, nadie ha vuelto para contarlo”, se convencía a sí misma.

La puerta automática desgranaba pasajeros. Una mirada se posó sobre ella. Él era algo bajo, vestía un pulóver verde con rom-

bos grises y marrones. Sonrió con inocencia al descubrir que alguien lo estaba esperando.

—¿Pilar?

—¿Augusto?

Ensayaban simpatías mientras se radiografiaban detalles: color de ojos, cabellos, estilos de ropa. Eran los primeros croquis de una geografía desconocida.

Él le besó una mejilla y, con torpeza, rozó su nariz cuando Pilar fue por el segundo beso en la otra.

—Es que aquí son dos —dijo ella.

—Es cierto, me lo habían dicho. —Rió él con exageración y se descubrió como turista primerizo en España.

—¡Qué bonita que sos! La foto que mandaste no muestra toda tu belleza. Deberías demandar al fotógrafo.

Pilar sonrió.

—Veo que tu galantería no es solo cibernética.

—No hago más que decir la verdad.

Ella no dejaba de sonreír mientras se encaminaban hacia el estacionamiento.

Augusto había comprado una valija nueva con la que no estaba familiarizado y le costaba calcular los movimientos. Cada tanto, miraba la maleta, culpándola por distraerlo de la conversación. Esa incomodidad lo hacía transpirar. Se esforzaba en ocultar la inquietud que le producía la presencia de aquella mujer. Pilar, mientras le hablaba, confirmaba que existía en el mundo real y lo obligaba a comprometer su cuerpo, el de carne y hueso.

La inquietud, la transpiración, la incertidumbre..., y todo por un chat que ahora estaba allí, ¡corporizado! No había escapatoria.

Barcelona

La casa de Pedro y Nina estaba en Bonanova, uno de los barrios más elegantes de Barcelona.

Pilar había planeado quedarse la noche allí, antes de partir por la mañana hacia Mallorca. A la pareja le resultaba una curiosidad que ella tuviera un acompañante.

Aunque habían transcurrido cinco años desde el violento final de su matrimonio, las heridas profundas no habían terminado de cicatrizar. Sin embargo, Pilar estaba decidida a intentar una nueva etapa. Parecía haber recuperado el entusiasmo.

Las sucesivas noches sin salidas y los intentos fallidos por conectarse con alguien la habían llevado a jugar al *bridge* por Internet.

Una casualidad: un nombre mal tecleado al pensar en un anterior compañero de juego, ya lejos de su mundo cotidiano, la conectó con un argentino. El chat entre ellos se fue haciendo más personal, y la ausencia de contacto físico incentivó la fantasía hasta que un día Pilar creyó que era el momento de darse otra oportunidad. Ahora tenía sentado en su coche a ese hombre, a su pareja de *bridge*, que miraba asombrado el Mont Juic mientras lo bordeaban por la carretera.

—¿Debes estar cansado?

—Sí, un poco. El viaje es largo, pero como sabía que estarías en el aeropuerto, no veía la hora de llegar.

—Bueno, espero no ser una decepción.

—Al contrario. Como te dije, sos más linda que en la foto que me mandaste.

—Augusto, no sigas que terminaré por creerte.

—Ya te dije que digo la verdad.

Doblaron por Carrer de Granduxer hasta alcanzar el Passeig de la Bonanova.

—Aquí es difícil aparcar, pero ya veremos.

—Hoy es mi día de suerte. —Se alegró al descubrir un espacio—. Estamos a la vuelta.

Luego de descender, Augusto, parado en la vereda, miraba el ir y venir de los transeúntes con el asombro y el desconcierto típicos

de los turistas recién llegados. Era sábado, y la Plaza de la Bonanova lucía bulliciosa y vital.

Frente a ella, en el número nueve, un edificio de líneas francesas de color gris claro, con ventanales generosos, presidía la esquina. Parados frente al portón de hierro negro, como quienes esperan la llegada del micro escolar, Pedro y Nina lucían ansiosos.

Tras el apretón de manos a Pedro y el beso por duplicado a Nina, Augusto dejó que el anfitrión se hiciera cargo de la maleta y se adelantara para guiarlos al interior de la propiedad. Las mujeres quedaron detrás de ellos. Nina, cómplice, intentó leerle los ojos a Pilar. Como dos adolescentes, sonrieron sin decirse nada.

—Estás en tu casa. Te hemos preparado un cuarto —dijo Nina.

—He pensado que, como debemos levantarnos muy temprano, será mejor que pasemos la noche aquí, para salir todos juntos mañana. No sé qué te parece, Augusto.

—Pilar, me parece excelente. Brillante. Una gran decisión.

El lenguaje que su invitado utilizaba en el diálogo cibernético no era una impostura ni una broma, así era su modo de hablar. Descubrir que ambos personajes coincidían comenzaba a divertirla.

El mantel blanco revestía la bienvenida de una gran formalidad: dos bandejas con fiambres y quesos coronaban una comida apetitosa. Para Augusto, los embutidos eran su mayor debilidad.

—Este es jamón ibérico, un orgullo nacional —enfaticó Pedro.

—Mayor placer no se puede pedir. Yo les traje una muestra de un postre tradicional muy argentino.

Augusto hurgó en su bolso de mano y extrajo una caja rectangular, prolijamente envuelta con su correspondiente bolsa de plástico con el escudo de Havanna.

—Son alfajores. Para mí, los más ricos. Un invento originario de Mar del Plata. Espero que les guste.

El intercambio diplomático inauguró la comida.

—Si quieres, puedes darte una ducha antes de dormir. Puedes hacer como te plazca.

—Sí, claro, espero que no sea mucha molestia.

—Ya te dije, hombre, que es tu casa —insistió Pedro en su rol de anfitrión.

—Es muy importante para mí hacer un llamado. ¿Dónde puedo conseguir un teléfono?

—Aquí mismo tenemos uno.

—No quiero causarles ninguna molestia. Puedo ir a un locutorio.

—Pero hombre, ¿cómo se te ocurre! Ya te dije, estás en tu casa.

—Tengo que avisar que llegué bien. ¿Cuánto sale el minuto de llamada a la Argentina?

—Vamos, hombre, que no quiero enojarme contigo. Ni lo preguntes. Mira, allí, en la cocina hay un aparato para que hables tranquilo. —Pedro parecía perder la paciencia—. Supongo que no deberás avisarle a tu esposa.

—No —rió Augusto—. Es a mi madre. No quiero que se preocupe.

—Allí lo tienes.

—Gracias, muchísimas gracias.

Augusto se encerró en la cocina por tres minutos. En el *living*, Nina conversaba con Pilar en voz baja.

—Qué lindos ojos tiene, verdad.

—Y es muy simpático.

Al terminar su llamado, Augusto siguió hacia el final del corredor con rumbo a la ducha prometida, pero hizo una escala previa en el *living*.

—Muchas gracias por la hospitalidad. Quisiera darme un baño y descansar, si no les molesta.

—Es un gusto que estés aquí —se apuró a decir Nina.

—Hasta mañana.

Acostumbrada a moverse de modo independiente, incluso antes de obtener el nombramiento en la oficina de asuntos legales del Ayuntamiento de Barcelona, Pilar sabía que los hombres huyen de las mujeres con exceso de iniciativa. Esta vez prefería darse la chance de ser elegida. Dudó antes de ir a la habitación de Augusto. No sabía cuándo se produciría el encuentro que imaginaba, ni cómo funcionaría. La anticipación lo hacía muy presente, y luchaba contra sus

propios gestos, para que no la denunciaran. La natural seguridad en sí misma se veía invadida por un temor incierto que la llevaba a ser cuidadosa con ese extraño.

Pegó su oído izquierdo a la puerta del cuarto, intentando escuchar algún sonido. No quería interrumpirle el sueño. Ahogó todo lo que pudo el golpe con los nudillos.

—Adelante —oyó la voz al otro lado de la puerta.

Ingresó al cuarto despacio. Augusto estaba envuelto en una bata de toalla color amarillo intenso con inscripciones de signos orientales en negro y unas pantuflas del mismo tono.

La sorpresa de ella quedó disimulada tras una amable sonrisa. Su imagen le despertaba ternura.

—Disculpa. Solo quería avisarte que mañana nos despertaremos a las seis y media.

—Perfecto.

—Te llamaré a esa hora.

—¿No vas a dormir aquí?

—No te preocupes. Es mejor que descanses.

Antes de que se fuera, Augusto la interrumpió:

—Pilar.

—Sí.

—Gracias. Gracias por todo. Ya tendré tiempo de agradecerte de verdad.

—No tienes que agradecerlo, no es un favor que te hago. Es mi deseo.

Y al irrumpir su confesión de un modo tan inesperado para ella misma, sintió el roce de la vergüenza en su cara, y cerró la puerta.

Butaca

El silencio inundó la habitación. El día había sido largo y extenuante. Augusto, sentado en una butaca estrecha, reclinó la cabeza. Se dejó estar sin hacer nada. Sabía que tenía que acostarse, pero se resistía a dar por finalizado el trajín. El cansancio lo iba aflojando mientras se le mezclaban sensaciones que no podía ordenar. Estar invitado en España tenía precio: la obligación de ser amable a tiempo completo.

El sueño se anticipaba y lo llevaba a Buenos Aires, a su pieza de la calle Aranguren, a la reclusión en su pequeña cama, a la voz de su madre que anunciaba la comida en la mesa. Se ladeaba, y el sacudón lo despertaba, lo devolvía a la realidad, al malestar del lugar ajeno. La lucha entre la felicidad que quería sentir y la soledad placentera, tranquilizadora y perdida desde el aterrizaje, terminaba por extenuarlo.

Arrojado a ese mundo, que no estaba seguro de haber deseado, hizo el primer movimiento. Buscó la cama mientras se despojaba de su bata amarilla y se cubrió con la sábana.

La imagen de Pilar le recordaba una demanda pendiente. Entonces, apagó la luz.

Manos

El cuarteto de adultos maduros corría para no perder el vuelo. Sus apresurados pasos, que los llevaban hasta el embarque, eran acompañados por el bullicio propio de estudiantes recién recibidos. La diferencia estaba en que cada uno de ellos sobrepasaba la edad de los egresados en más de treinta años. Inesperadamente, un zapato de Nina se soltó y fue a dar contra una vidriera. Las carcajadas llamaron la atención de algunos agentes de seguridad. Uno de ellos, tentado de sumarse a la fiesta, no hizo más que advertirles para que fueran discretos. Nina pidió disculpas, y todos se encaminaron, con las risas contenidas, hacia la manga que los llevaba al avión.

El despertador había fallado esa mañana, y el sobresalto de todos transformó el desayuno en una comedia de torpezas varias: el café de Pilar se derramó sobre la mesa, la tostada de Pedro se ahogó en el jugo de naranja, todo desembocó en una sucesión de bromas que dieron por iniciadas oficialmente las vacaciones.

Eran los últimos pasajeros en subir. En fila india, avanzaron hasta los lugares vacíos que marcaban sus ubicaciones. Augusto, del lado del pasillo, y Pilar, en la ventanilla. Como en espejo, la otra pareja se dispuso en la hilera contigua.

El ruido de los motores se acrecentaba. El carreteo, la inminencia del despegue y, especialmente, el sugestivo escote de Pilar lo llevaron a Augusto a posar su mano sobre la de ella. El avión alcanzaba cada vez más altura, y ella hablaba como si nada pasara, tratando de ser natural. Se esforzaba en no demostrar lo agradable que le resultaba la novedad de esa piel. Quería entender, de esa mano tímida y blanda, el gesto de protección y ternura.

Pedro mantenía los ojos cerrados. Nina se dejaba fascinar por el paisaje que la convocaba a su niñez gallega, aquella del pueblo pequeño, como los que ahora, vistos desde tan alto, parecían ser.

Abstraídos del resto, Augusto y Pilar conversaban animados.

—Hubo una época en la que viajaba día por medio a Madrid y me resultaba insoportable. Cuando comencé a trabajar en el

Ayuntamiento, los viajes fueron menos frecuentes y dejé de aborrecerlos. Últimamente, ya no los hago tanto.

—A mí me gusta. No viajo seguido. Viajaba mucho a Mar del Plata, en micro, donde daba clases y jugaba. Lo hacía continuamente.

—¿Dónde es Mar del Plata?

Augusto se esforzó en dar una breve lección de geografía explicando la distancia desde la Capital. Describía la costa y los lugares atractivos de la ciudad de sus amores. Abundó en detalles mientras rememoraba su infancia.

—Las vacaciones con mis padres eran maravillosas, la pasaba muy bien. Hacía mucho deporte, jugaba al ajedrez. Y, hasta hace dos años, trabajé allí durante los veranos.

—¿Dando clases de *bridge*?

—Sí, y dirigiendo torneos.

—¿Has dirigido torneos importantes?

—El Sudamericano, algunos en Brasil, y en Argentina los más prestigiosos.

—Caramba, ¿eres una personalidad!

—Justamente, es un privilegio para vos que yo esté aquí. —Actuaba Augusto un gesto teatral.

Pilar acompañó cómplice.

Desde su butaca, Pedro abrió los ojos y los observó cómo conversaban. Recorría con la vista las manos de Pilar. La uñas largas, bien arregladas, culminaban esos dedos suaves que sobresalían bajo la mano regordeta de Augusto. Sin duda que tanta elegancia merecía un destino mejor. Aunque sabía que, inevitablemente, ocurriría, el hecho no dejaba de inquietarlo. De pronto, comenzó a revivir aquellos años en que sentía una loca atracción por Pilar; su persecución, el esfuerzo por ocultar ese enamoramiento pecaminoso, rejuvenecedor. Ella estaba divorciada, y él, como siempre, en pareja con Nina, la mejor amiga de Pilar.

La escena subrayó cruelmente el tiempo pasado, no por la cantidad de años transcurridos, que eran apenas cuatro, sino por las huellas que la desdicha había dejado en él. Pedro sentía que su re-

nuncia había hecho envejecer sus ganas de vivir. Su vida con Nina era una agradable costumbre sin fuego ni movimiento.

Se liberó del cinturón de seguridad y caminó hacia el fondo del pasillo, donde estaba el baño.

Frente a la puerta minúscula, la prohibición de fumar agitaba sus nervios y hacía crecer su malhumor. Desde allí podía escuchar la risa de ella.

Se preguntaba, hasta llegar al reproche, si haber sido correcto justificaba no haber hecho lo suficiente para alcanzar ese amor. Había ahogado la pasión, y esto arrasó su alegría, sus ganas, todo. La corrección, se decía, había sido su ruina. Un mundo de buenos modales que solo sirvieron para su propio encierro.

Cuando la azafata anunció la proximidad de Mallorca, volvió a su asiento.

Augusto le sonrió. La mirada severa y ensimismada de Pedro parecía ocultar una intención oscura.

Caricias

El auto, con los cuatro pasajeros, llegó desde la carretera hasta la avenida que bordeaba la costa, y el mar se abrió como un espectáculo ante los ojos de Augusto. Era de un color irreal, de folleto turístico, muy diferente del tumultuoso marrón atlántico de Mar del Plata, la única playa que había conocido en su vida.

Se le impuso el recuerdo de las largas vacaciones infantiles transcurridas en aquella ciudad, entre una multitud de bañistas, jugando a la paleta con su padre, corriendo carreras hacia las olas, tendido en la arena caliente, comiendo aquello que su madre y su abuela le preparaban especialmente. Ese aroma a sopa de pollo, que salía de la olla a presión destapada, se había fundido con el recuerdo veraniego. El mar olía a sopa de pollo. ¡Cuánto le hubiera gustado revivir esa felicidad de los años infantiles ante este mar! Pero ahora ese recuerdo agitaba una brisa imperceptible que hacía flamear una angustia leve y sin palabras. No entendía por qué y, en sus ojos, unas lágrimas inoportunas lo testimoniaban.

La mirada de Pilar lo ayudó a sonreír, como correspondía a un huésped educado.

El hotel era deslumbrante. Una fuente ocupaba el centro del *lobby*. Alfombras multicolores y una sensación de confort que se hacía ver desde la abundancia de sillones hasta el gran bar, cuyo piano de cola prometía plácidos atardeceres. La sorpresa se reflejó en la mirada de Augusto.

Para las habitaciones, ya reservadas, se había dispuesto el orden natural: Pedro y Nina, Pilar y Augusto. Eran las nueve y media de la mañana, y Nina propuso el plan:

—Encontrémonos a las once. Podemos pasear y luego ir a comer.

—Me parece bien. Quiero darme un baño y descansar —aceptó Pilar.

—Lo que ustedes digan. Las mujeres gobiernan el mundo. ¿No es así, Pedro?

—Si lo sabré yo...

Augusto festejó descargándose con una risotada.

El sonido de la puerta al cerrar cambió sus mundos. La recámara amplia, con un generoso balcón al mar, los convocó a una alegría infantil. Augusto investigaba el control remoto de la televisión mientras que Pilar abría el *frigobar*. Después de explorar los rincones y las comodidades, se dieron cuenta de que estaban solos. Surgió un desconcierto que amenazaba con instalarse. Entonces, ella retomó la idea original de darse una ducha; se descalzó y, al asomar su desnudez, provocó la imaginación de Augusto. Él repitió el movimiento y se sacó los zapatos. Mientras se desabrochaba la camisa, ella ingresó velozmente al amplio baño.

La ducha se convirtió en tiempo e impaciencia para él. Se sacó la ropa, quedó en calzoncillos y aguardó su aparición.

Pilar salió envuelta en una bata holgada y con una toalla en la cabeza a modo de turbante. Augusto, sin perder la compostura, solo se limitó a observarla.

Ella vio sus *boxers* rayados en negro y verde, pero, mientras simulaba naturalidad, esperó sin decir nada.

Augusto, con la espalda apoyada en la cabecera de la cama, fingía mirar la tele. Su sonido encubría el silencio que ninguno se atrevía a quebrar.

Apagó el televisor, y la expectativa quedó en relieve. Ella, sentada en la butaca y de espaldas a Augusto, se observaba el cutis en el espejo mientras de reojo lo veía a él.

Se levantó y fue hacia ella. Apoyó la mano en la espalda de Pilar; la fue subiendo hacia el cuello y comenzó a acariciarlo. Ella inclinó su cara hacia la mano para prolongar la caricia. Se dio vuelta y se paró frente a Augusto. Él le sacó la toalla del pelo, y su cabello mojado los salpicó. Ambos sonrieron celebrando la lluvia. Él dibujó un camino con sus dedos desde el cuello hacia el escote, separó las solapas y exploró un pecho con suavidad, recorrió el pezón erguido. Ella entrecerró los ojos y, al inclinar la cabeza, dejándose llevar, encendió su respiración. Su piel se hizo receptiva, cálida. Él acentuó la confianza en sí mismo y la acercó con fuerza. Se deshicieron de la bata y del calzoncillo. Ella ensayó un beso que él respondió mientras acariciaba sus caderas. Caminaron torpemente hacia la cama hasta encontrar-

la. Eran unos pocos pasos, pero la llegada parecía lejana. Augusto la sujetó de las manos y tomó una leve distancia para verla; avanzó con su boca, ella lo recibió con sus pechos, y su voz se hizo caricia. Él navegaba entre su ardor y el cuidado de no defraudar. La vergüenza proclamaba su derrota desde el ruego de Pilar que, acostada, lo atrajo hacia sí a la vez que sus piernas se desgajaban y lo abrazaban con fuerza. Él volvía a ser huésped. Ella incitaba a darlo todo. Él, con los ojos cerrados, ya no pudo contenerse. Su descarga fue también la de ella. Él apenas rompió su silencio, ella estalló libre, sonora.

Pilar, apoyada en el codo izquierdo, descansaba la cabeza sobre la palma de la mano. Los ojos verdes de Augusto se encontraron con los negros de ella, y ambos sonrieron. Lejos de la impostura de los sobrenombres de personajes cibernéticos que resguardaban su intimidad, se descubrieron en aquel aquí y ahora, con sus propias voces, olores y sonidos. Eran de carne y hueso.

—¿Tienes sed, Augusto? ¿Quieres tomar algo?

—Sí. ¿Pedimos?

—Veo en la nevera, ¿qué te gustaría?

—Una gaseosa.

—¿No prefieres un vino?

—Sí, claro, algo para brindar.

Ella se paró, desnuda, a un lado de la cama. Augusto disfrutaba de verle las marcas blancas de la ropa interior que dibujaban un oasis sobre la piel cetrina. Pilar buscó su *robe* arrojada a un costado de la habitación; se movía con agilidad, alegre.

Arropada nuevamente, abrió la heladera y descubrió un champán. Augusto sonrió y celebró el hallazgo. Ella lo destapó, y el corcho cayó detrás del televisor. La espuma no logró desbordar las copas. Se apresuró para llegar a la cama. Los labios se encontraron para anticipar el brindis.

—Salud.

El sol les daba en el rostro y ocultaba el invierno inofensivo. Apoyados en la baranda del balcón, enfundados en las batas, veían la luz espejándose sobre el agua y las velas blancas de las

embarcaciones amarradas. Las tonalidades habían cambiado desde que ingresaron a la habitación. Ahora, mientras sus miradas se dejaban llevar por los pocos veleros que se atrevían a navegar, el azul se hizo intenso.

El reloj inoportuno les recordó que había llegado la hora de vestirse.

Nina y Pedro

Pedro y Nina esperaban impacientes en el bar del *lobby*. Con quince minutos de retraso y caras sonrientes, Augusto y Pilar ofrecieron disculpas.

Se notaba que Pilar no era la misma que la de un rato antes. Su alegría la había rejuvenecido. Estaba radiante. Pedro acusó el cambio. Hacía tiempo que no veía en ella esa frescura ni tanta sonrisa. Se hubiera puesto contento de no haber sido que el motivo de esa alegría era ese argentino de baja estatura, de lenguaje excesivamente amable y gustos poco refinados.

Al verlos llegar, Nina supo que Pilar tenía “novio”. Así lo hubiera expresado cuando comenzaron su amistad, a los quince años, y así lo seguiría diciendo ahora, para exponer con esa simpleza toda la profundidad de la relación. Era la confidente natural de Pilar desde la edad en que necesitaba guardar en alguien aquellos secretos que otros no escuchaban. Nina tenía el deseo de saber y una solidaridad espontánea. Su modo natural para ubicarse del lado del interlocutor generaba un espacio familiar que fue convirtiendo a Pilar en alguien más cercano que una hermana.

Juntas desde la adolescencia, cuando la única certeza era la incertidumbre, se prestaban mutuamente los oídos para esos momentos en que las confesiones cobraban un carácter ceremonioso y necesario. Como aquella, crucial, cuando Nina necesitó de Pilar para decidir si aceptaba la propuesta de matrimonio de Pedro. Él era un dentista con un porvenir venturoso, diez años mayor, con una visión tradicional de la vida, que no prometía más que aquello que podía dar: bienestar, estabilidad y pocas palabras.

Ella no se veía a sí misma muy agraciada, no tenía estudios universitarios, y venía de un pueblo cuyas mayores diversiones eran las misas y las partidas de mus. Por eso, que un dentista de Madrid la pretendiera lo consideró tan afortunado como ganarse un billete de lotería. Para Nina, “ser una buena esposa” se asimilaba a una carrera universitaria por la disciplina con la que debía encararse la tarea. Las reivindicaciones del feminismo no formaban parte de

su visión del mundo, pero sí del de su querida amiga. Los conflictos que Pilar sobrellevaba por ser abogada, madre y esposa le atrajeron y al mismo tiempo la espantaron hasta llevarla a refugiarse en su propio mundo de silencios, de hijos que nunca llegaron y de servicios a un marido callado.

Durante el transcurrir del matrimonio, y en la medida en que el aburrimiento iba ganándole espacio a la novedad, aquello que inicialmente Nina creyó como una falsa resignación de sus sentimientos, en beneficio de un buen pasar económico, efectivamente lo fue. Él se había ido oscureciendo. Sus silencios se hicieron más prolongados. El carácter predispuesto a la severidad y al rigor le sirvió para destacarse en su profesión y, con los años, se convirtió casi en su única razón de vivir. Ser dentista era su nacionalidad. De haber sido un país, los instrumentos dentales hubieran formado parte de sus símbolos patrios.

Nina era para él una esposa que no le traía problemas: austera, buena compañera, sumisa. Sin embargo, no dejaba de admirar la vitalidad de Pilar. Su cercanía le contagiaba una energía desconocida. Los años de amistad entre ella y Nina producían visitas frecuentes a las que él se habituó y ansiaba.

Mientras Pilar estuvo casada, también se preocupó por crecer en su profesión, incluso después de nacer su hija. Él condenaba en voz baja su “falta de entrega al hogar”. Se preguntaba qué otra cosa podría querer una mujer que no fuera criar a sus hijos y atender al marido. La falta de eco en Nina lo hizo desistir de criticarla. Percibía que solo obtenía con sus sermones el mal humor de su esposa, quien terminaba por condenarlo al ostracismo en el lecho matrimonial.

El divorcio de Pilar, más allá de reforzar los argumentos que Pedro proclamaba con sus palabras, abrió un lugar vacío a su lado, que fue un estímulo para él; percibía una seducción difícil de disimular. El deseo y la condena moral crecían por vías paralelas con idéntica fuerza. Los argumentos en contra del divorcio se revitalizaban. Hubiera sido sencillo para un oído avezado detectar el grado de atracción que él sentía por Pilar al escuchar la furia de sus reflexiones moralistas.

Sin embargo, sus argumentaciones lo condenaban a ocultar los sentimientos. Infinidad de veces imaginó que le confesaba “lo que le costaba vivir cada día sin estar junto a ella”.

Aquella tarde en el *living* de la casa de Pilar, donde había ido decidido a decirle todo lo que la soñaba y deseaba, creyó que sería su oportunidad, aunque se mostrara a la intemperie, suplicante como nunca lo había sido. Ella, intuyendo algo que no quería escuchar, lo interrumpió con falsas ocupaciones. Para evitar provocarle un daño, inventó una conversación telefónica. Así, eludiría el silencio que lo animaba a decir con palabras aquello que dejaba ver en sus ojos. Todo se diluyó en una conversación cotidiana que Pilar dio por terminada con la excusa de que tenía una cita ineludible.

Aunque nada fue dicho, de aquella tarde nunca hablaron. Nina jamás se enteró. Solo notó que su marido, sin saber los motivos, había cambiado. Se lo veía apesadumbrado y casi no sonreía.

Pedro intentó una vez más, invitando a Pilar al cine mientras Nina había salido de compras. Pilar desalentó toda posibilidad al pedirle que no la invitara sin su amiga.

Caminaban a paso lento por la avenida costera. La Catedral y el Palacio de la Almudaina ofrecían sus siluetas al final de un camino muy próximo a los veleros anclados en las marinas.

De la mano de Pilar, Augusto ignoraba el desprecio que Pedro destilaba a sus espaldas.

—¿Qué te parece Augusto? —le preguntó Pedro a Pilar.

—Es fantástico, Pedro.

—Espero que lo disfrutes.

—Imposible no hacerlo, y mucho más, acompañada por gente tan agradable.

—Lo mismo para nosotros.

La caminata fue larga. Era hora de almorzar, y el grupo decidió comer en una de las terrazas, a orillas del agua. La sonrisa de Pilar y ese modo de mirar a Augusto causaban una herida en Pedro. Él prefirió ausentarse hundiéndose su mirada en el mar.

Paseo

Pilar propuso la tarde libre. Nina y Pedro advirtieron un pedido en su tono amable. A él no le causó mucha gracia, pero qué podía hacer. La resignación era el mecanismo que mejor había desarrollado con los años.

Augusto, sin haber sido consultado, tomó con naturalidad la propuesta de Pilar. En su sistema de valores, un huésped con todo pago no tenía derecho a ser un obstáculo, ni siquiera a proponer algo distinto a lo que los anfitriones sugerían. En el ambiente social del *bridge*, en el cual transcurría su realidad laboral, la cortesía y las frases de compromiso eran moneda corriente. Ese hábitat había amalgamado muy bien con su estilo. Sus verdaderos sentimientos podían refugiarse con seguridad bajo esas amables mascaradas. La galantería parecía su modo natural. Augusto aceptaba todo con tan exagerada buena gana que sonaba a burla.

—Me va a encantar ir a pasear con vos. Será un verdadero placer.

Pilar y Augusto emprendieron la caminata por el paseo marítimo. Pausados, bordeaban los veleros amarrados que formaban un *collage* con el azul marino. Ella, ligeramente más alta, dibujaba una disparidad en las siluetas. Su cabello rubio, que apenas le rozaba los hombros, resaltaba en contraste con el *sweater* negro que lucía. Le parecía curioso el modo con el que Augusto se expresaba. Lo tomaba con gracia, como si fuera un resabio de otra época; hasta creía ver un costado romántico en ese estilo.

—¿Cuánto hace que te dedicas al *bridge*?

—En realidad, cuando...

El incómodo sonido del teléfono de Pilar agredió la tarde.

—Aló. Sí, mamá. ¿Qué tal, cómo estás? —Pilar le pidió disculpas con la mirada a Augusto—. Aquí todo bien. Sí, claro. ¿Y tú? Qué suerte. Estoy caminando por la costanera. No, ellos han ido por otro camino. Sí. Es que estoy bien así. No nos hemos peleado. Está todo espléndido. No te preocupes. Pues ya te contaré cuando vuelva. Adiós. Cuidate. Saludos al tío Lucio, mándale un beso, y otro para ti. Adiós.

Pilar cortó la comunicación. No estaba segura de si Augusto había percibido el modo en que ella esquivó la curiosidad de su madre por averiguar si estaba sola o acompañada.

—Disculpa, pero es mejor atenderla. Hace ya algunos años que vivo con mi madre.

—No hay nada que disculpar, lo entiendo perfectamente. Yo también convivo con mamá.

—Va a cumplir ochenta y no quiero dejarla sola, a pesar de que goza de buena salud y está muy vital.

—Mamá igual. Tiene ochenta y dos y está muy bien. A veces se hace difícil la convivencia. Se mete en todo.

—¿Y cómo es que estás con ella? ¿Has vivido solo o en pareja?

—No, nunca viví en pareja. He salido con mujeres, pero no he convivido. Pasé un año en Guatemala, solo. Me contrataron de un club para dar clases y dirigir torneos. Con la crisis que vivimos en Argentina... Me ofrecieron esa oportunidad y no quise dejarla pasar. Fue hace ya tres años.

Durante ese período, Augusto había extrañado desesperadamente, pero nunca lo confesó. Llegó a pedirle a su hermana que transcribiera en los correos electrónicos cada palabra que su madre quería decirle. Pedía que antes de dormir le enviaran un “buenas noches” por vía electrónica. Fueron días en los que reinaron el desamparo y la tristeza. Quizá porque a él le parecía natural extrañar de ese modo a su madre, lo cierto es que ya no recordaba esas sensaciones. A su regreso de aquel viaje, contaba sus experiencias de los lugares en donde había trabajado, de la gente que había conocido, y ese relato, repetido tantas veces a otros y a sí mismo, hizo esfumar las tristezas inconfesables.

—¿Nunca te has enamorado, Augusto? —interrumpió Pilar.

—Creo que no.

—Bueno, si crees que no, es porque no.

—¿Te parece?

—Vamos, que a los cincuenta y ocho años no sepas si te has enamorado no es un tema de creer o no. Es inconfundible cuando te enamoras.

—Vos sí te has enamorado.

—Sí, pero no me ha ido bien.

—¿Qué pasó?

—El hombre con quien me casé resultó ser muy violento. Es algo difícil de sobrellevar, ¿sabes? Me costó deshacerme de él.

—Entiendo. Sufriste mucho.

—Más de lo que te imaginas.

Augusto creyó escuchar un quiebre en la voz de Pilar. Concentró su mirada en los ojos de ella para percibir alguna lágrima, pero en ese instante ella giró su rostro hacia el mar. A él le enternecía esa debilidad.

—Me contabas en los correos que tenés una hija.

—Sí, Leonor. Es un sol. Estudia en Madrid. Quiere ser médica. Pues ella tampoco la pasó bien en esa época, ¿sabes? —Sacó un pañuelo de papel de su cartera y se secó los ojos.

Un vendedor ambulante interrumpió el paso ofreciendo *bijouterie*. En una tela multicolor se apretujaban anillos, esclavas, pendientes y baratijas diversas. Augusto eligió una pulsera de vidrios azules y con ella vistió suavemente la muñeca de Pilar. Ella sonreía y jugaba con el brillo. Augusto, ceremonioso, le pagó al vendedor desplegando el billete de diez euros como si fuera de cien y dejara el resto de propina.

—No sé por qué te has molestado. Gracias —Pilar acercó su cara a la de Augusto y lo besó en los labios.

Él sonrió quitándole importancia al gesto, consciente de que se engrandecía negándolo.

—Vamos a beber una copa —propuso Pilar—, pero déjame invitarte.

—La tarde está maravillosa por el paisaje, por el paseo y por vos. Si le agregamos una copa, será extraordinaria. No me puedo negar. Pilar sonrió divertida.

Mientras, sentados a la mesa de una terraza sobre la costa, contemplaban el sol que, todavía nítido, desobedecía al atardecer, desde enfrente, a unos cincuenta metros, Pedro no quitaba los ojos de la pareja. Los había seguido durante toda la caminata.

Bar Mitzvá

Apoltronados en los sillones grises del bar del hotel, las dos parejas prolongaban la sobremesa previa al descanso. Se los veía distendidos. Pedro había invitado con unas copas.

—Mi padre decía que una copa es el premio que uno debe darse si su día ha sido bueno, pero si ha sido malo, deben ser, por lo menos, dos —sentenció.

—¡Qué lástima que la hayamos pasado tan bien! —replicó Augusto, soltando una risotada.

—Es verdad, la hemos pasado divinamente —confirmó Pilar, festejando la respuesta de Augusto.

Pedro celebraba su propia ocurrencia. Estaba encantado con la risa de Pilar aunque, al mirarla, ella no despegara su atención de Augusto, por más que intentara con una seguidilla de chistes. Al cabo de algunos festejos, clavó los ojos en su oponente.

—¿Y cómo te resulta Mallorca, Augusto?

—Es hermoso. No me lo imaginaba así. Me encanta la bahía con esos veleros, la ciudad vieja. Tiene un gran señorío.

—¿Hay en la Argentina una ciudad así?

—No. Bueno, Mar del Plata también tiene una costa hermosa, si bien existen diferencias, porque, obviamente, esta es una ciudad más antigua. Son muy distintas y bonitas, pero lo más importante es la buena compañía.

Pilar se dio por aludida y tomó la mano de Augusto. Pedro acusó el gesto y se puso serio.

—¿Y te gusta Mar del Plata?

—Mucho. De chico veraneaba con mis padres allí y la pasaba muy bien...

—¿Has tenido una buena infancia? —interrumpió Pedro.

—¡Muy linda, especialmente en los veranos! Solía ir a un club de allá a jugar al ajedrez y al *ping pong*. Tenía una barra de amigos. Nos divertíamos mucho. Fue la mejor época. La pasé muy bien —resonó melancólico en el *lobby* vacío.

—Pues te diré, yo también he tenido una buena infancia —replicó Pedro con tono doctoral—. Uno de mis recuerdos más lindos es cuando tomé la comunión. Deberían haberme visto, vestido de blanco. Mi padre, militar, que en paz descansa, estaba muy conmovido. Esa fue la única vez en mi vida que lo vi emocionarse de verdad. Un momento inolvidable —afirmó mientras con su mano derecha se peinaba el bigote—. Dime, Augusto, ¿no ha sido emocionante para ti también?

—Hubiese sido, no lo sé. Yo soy judío, y no es costumbre la comunión.

Pedro endureció la mirada.

—¡Así que eres judío! —afirmó grave mientras su cabeza asentía repetidamente, buscando el modo de digerirlo.

—Sí, desde que nací —dijo irónico Augusto.

Las dos mujeres se miraron ante la incomodidad que les producía la situación.

—Es verdad, no hacéis comunión. Lo de ustedes es “bamisva” o algo por el estilo.

—Hacemos Bar Mitzvá a los trece años. B-a-r-m-i-t-z-v-á —deletreó Augusto dos veces.

—Entendí. ¿Eres practicante, vas a la sinagoga y todo eso?

—No. Solo el Día del Perdón digo una oración por mi padre. Es una costumbre que conservo. Se hace por los difuntos. Es la única. Antes...

—¿Has estudiado el judaísmo? ¿Te lo han inculcado tus padres? —interrumpió Pedro.

—Fui a una escuela de la comunidad. De joven iba a un centro juvenil y...

—A los judíos les gusta estar entre ustedes. Recuerdo que en mi juventud he tenido en la universidad un compañero como tú, que solo tenía amigos israelitas. —Esa última palabra había sonado como si pronunciara una enfermedad.

Con el vino de la cena y la copa final, Nina, Pilar y Augusto tenían suficiente alcohol como para irse a dormir. Sin embargo, nadie intentó levantarse a pesar de que lo deseaban, el mareo los

aplastaba contra los sillones. Pedro promediaba su cuarta copa, y el judaísmo del extranjero pareció renovarle su energía y el entusiasmo por la conversación.

—Israelitas son los que nacen en Israel. En cambio, judíos son todos. Somos todos. Incluye a los que viven allí y afuera —explicó Augusto con afán didáctico y con una inocencia tan poco inocente que su interlocutor se sentía tratado como un ignorante. Repitió el argumento tres veces seguidas. Para culminar y darle un barniz de humildad, preguntó: “¿Me explico? Tal vez no me expliqué bien”.

—Por supuesto que lo entiendo, no soy tonto, hombre —dijo Pedro, elevando la voz.

—No lo tomes a mal —intentó calmarlo Augusto ante las miradas de las chicas que, muy incómodas, hacían esfuerzos por levantarse y apurar el término de la conversación.

—Es que me lo explicas una y otra vez como si fuera un gilipollas.

—Por favor, no lo tomes así —se defendió el argentino.

—Creo que ha llegado el momento de ir a dormir —terció Nina.

—No tengo sueño aún. Puedes subir tú, si te place —contestó Pedro, autoritario.

Se hizo un silencio de tregua. Pilar se puso de pie con las sandalias en la mano, como un intento de apurar la huida hacia las habitaciones.

—¿Qué tienen ganas de hacer mañana? —preguntó Pilar

—¿Y cómo es que te has dedicado al *bridge*, Augusto? —continuó Pedro, sentado en la misma postura, sosteniendo en su mano izquierda levantada la inseparable copa.

—Bueno, comencé jugando al ajedrez. He llegado a estar en primera categoría, que es antes del título de Maestro. Iba al Club Argentino. Allí me hice de amigos aficionados al *bridge*, y me gustó.

—¿Que un judío no se haya dedicado al comercio? Qué extraño que prefirieras el *bridge*. ¿No has estudiado, como suelen hacer tus compatriotas?

Augusto había comenzado a transpirar. Sacó un pañuelo del bolsillo trasero y secó las gotas que ya inundaban

su frente. La mirada desafiante del dentista esperaba una respuesta.

—Sí, estudié administración de empresas, pero esto me gustó más.

—Te ha gustado más jugar —subrayó Pedro, en tono de condena moral.

—Bueno, sí, aunque lo he tomado como una profesión.

—Me imagino el disgusto de tus padres. Abandonar una actividad sería por el *bridge*.

Nina se acercó a Pedro para obligarlo a levantarse.

—Vamos a dormir, que el alcohol te ha sentado mal.

—No sé por qué lo dices, estamos charlando amigablemente con mi compañero —arrastró Pedro la última palabra como un síntoma claro de su estado—. Ya ves, Augusto, las mujeres no soportan la relación entre los varones.

El otro lo miraba fijo y mudo. Establecía una distancia que hirió a su rival.

—Vamos, hombre. No te quedes mirándome así. O acaso no sois los judíos especialistas en dar respuestas a todo.

Pilar sintió esa frase como lo último que estaba dispuesta a soportar mientras en ella se agitaban la compasión y el deseo de proteger a Augusto.

—Cállate de una vez y ve a dormir, que das pena. Nina, llévatelo de aquí —le ordenó en tono áspero

Nina tomó a Pedro de un brazo. Él descargaba el peso de su redondo cuerpo en el respaldo. El pequeño sillón actuaba como un envoltorio que aprisionaba su contenido. Las dos mujeres hicieron fuerza hasta lograr despegarlo de la butaca. Pedro, mareado, comenzó a caminar tambaleante hasta el ascensor, acarreado por Nina.

Pilar y Augusto los vieron subir en el silencio del hotel vacío hasta escuchar la campanada que anunciaba la llegada al piso de destino.

—Discúlpalo. Ya ves que está borracho.

—Nada que disculpar. No entiendo por qué ha reaccionado así.

—Yo sí sé.

—¿Por qué?

—Te lo contaré en la habitación.

Pilar se levantó, tomó de la mano a Augusto, se acercó, lo besó en los labios, y juntos caminaron hacia el ascensor.

Secreto

Una vez acomodados en la habitación, Pilar vertía en la taza de Augusto un café humeante, cargado de protección y amparo. Él le despertaba sensaciones amorosas que, sin saber explicarlas, las reconocía cercanas al amor maternal.

Luego de convivir durante toda su vida con Lisy, su madre, Augusto acreditaba una larga experiencia en saber “ser hijo”. Había desarrollado habilidades insospechadas para él mismo, como la de parecer débil y desprotegido ante la primera dificultad. Agigantaba los obstáculos al mismo tiempo que se empequeñecía ante ellos, de modo que, en su propia lógica, no había solución posible, y así la resignación era el único camino. Su inacción despertaba en los demás el deseo de ayudarlo. Esta actitud era coherente con su historia. De pequeño, apenas hubo cumplido un año, se le había declarado una enfermedad de muy difícil diagnóstico para aquella época, cuyos síntomas eran una anemia en crecimiento y deposiciones que presentaban colores extraños, demasiado claros. Su debilidad iba aumentando, y todos, en primer lugar su madre, creían que moriría. Finalmente, y luego de mucho peregrinar, sus padres dieron con quien sí pudo diagnosticarlo de modo certero: padecía de celíaca; no digería las harinas con gluten.

Lisy se adaptó a la noticia. Para ella tenía un aspecto malo y otro bueno: por un lado, la preocupaba la dificultad de tener que encontrar los alimentos apropiados para su hijo, quien muchas veces los rechazaba por insulsos; pero, por el otro, su permanente demanda de ella, la única que podía proveerlo del alimento adecuado, la mantenía activa y vigente.

Con el correr de los años, sin entender cómo ni por qué, Augusto veía a su madre atenderlo con sumisión, y así se acostumbró a ser atendido.

Ahora sostenía la taza y observaba fijamente a Pilar. No era él quien estaba indignado por el maltrato de Pedro, era ella, que caminaba de un lado al otro de la habitación, tratando de moderar su furia:

—Es un hijo de puta.
—Por favor, tranquila.
—Es que no tiene derecho. Haré que te pida disculpas.
—Pilar, no te preocupes.
—No has reaccionado. Es admirable cómo te has mantenido en tus cabales. Eres un caballero.
—Es que no entiendo que le pasó.
—Yo sí sé.

Se sentó cerca de Augusto y, procurando generar un clima de intimidad, bajó la voz y se tomó un respiro. Comenzó a relatarle la etapa de su separación y de su cercanía a Nina, la sensación de que Pedro quería acercarse a ella y que estaba buscando el modo de hacerlo. Le dijo que no solo lo creía, sino que estaba convencida de que el marido de su mejor amiga intentaba “tener una historia” con ella y que daba vueltas a su alrededor, todo el tiempo, pero que ella se ocupó en no darle ningún tipo de cabida.

Pilar ignoraba que había convertido a Pedro en un obstáculo gigante para el incipiente deseo de Augusto. Él, por pura cortesía, acompañaba la charla con gestos que alimentaban la indignación de ella, una indignación que nunca había descargado con nadie. De este modo, atribuyéndole las virtudes de un hombre que sabía escuchar, lo transformó en su confidente.

Los números rojos del radio reloj, que iluminaban incandescentes la habitación, la sonora respiración de él y la emoción de creer que comenzaba una nueva historia en su vida le impedían a Pilar conciliar el sueño.

Sòller

Después del desayuno, Pilar y Augusto esperaban a la pareja de amigos en el auto que ella había alquilado. La mañana era de un cielo nítido. Augusto no despegaba sus ojos de aquel mar que alardeaba de su color intenso y multiplicaba los veleros como racimos desplegados que bordeaban los muelles. Pilar acumulaba impaciencia por la espera que se prolongaba. Al ir en busca de los rezagados, se topó con Nina en el *lobby* del hotel.

—Vamos, que se nos está haciendo tarde.
—Es que Pedro se siente mal, es una descompostura estomacal.
—¿Y qué hacemos?
—Pues nada. Vayan. No se preocupen, ya le pasará.

Pilar no opuso resistencia. Mientras volvía al auto, sin que su amiga pudiera advertirlo, sonreía. Al llegar, tuvo que esforzarse para disimular su euforia al darle la noticia a Augusto.

La alegría inicial de ir a Sòller se incrementó con esa novedad.

Pilar iba conduciendo segura. De pronto, Augusto la hizo detener en un estanco para comprar unas gaseosas y unas “patatas bravas”, que disfrutaron durante el trayecto.

—Oye, que nos estamos dando un banquete.

—Ja, ja. Sí, me dijeron que Mallorca es famosa por la calidad de su comida. —Augusto estalló en una sonora carcajada a la que acompañó Pilar.

—Ni que fuéramos a pasar hambre. Son apenas treinta minutos de viaje.

Luego de un largo túnel, el camino se hizo ligeramente sinuoso y descendente. Al llegar, Pilar se complacía de haber encontrado cochera en el estrecho *parking* del Ayuntamiento.

Caminaron un par de cuadras hasta que un puerto con pequeñas embarcaciones amarradas apareció ante ellos. Era una playa de arenas blancas en una bahía breve, cerrada a sus lados por las barrancas de los cerros cubiertos de vegetación. Un muelle se adentraba en el agua. Lo recorrieron a paso lento, tomados de la

mano. Algunas casas, colgadas de la ladera, con amplios balcones, formaban una constelación de miradores sobre el mar tranquilo y hospitalario; otras, agrupadas en la bajada, se aproximaban a los veleros. Disfrutaban en armonía con ese conjunto que los emocionaba.

Al cruzar la calle, los sorprendió el paso inesperado de un tranvía: un viejo y reciclado vagón, cuyo recorrido iba paralelo al mar y se perdía tras una curva que bordeaba el cerro hasta llegar al pueblo.

Ella entró en uno de los negocios pescadores de turistas que ofrecían postales, remeras, sombreros y recuerdos típicos. Augusto la siguió y juntos curiosearon cada estantería. Él se interesó por una bola de cristal que en su interior exhibía un delfín azul que flotaba en el agua y jugaba con la nieve que caía al sacudirla. Estaba sostenida en un pie de plástico. La leyenda, MALLORCA, resaltaba en letras rojas sobre el fondo turquesa. Compró dos por seis euros.

—Son para mis sobrinas.

—¿Tú crees que les gustarán?

—Sí. Son chicas.

—¿Qué edades tienen?

—Veintiséis y veintidós.

Pilar se echó a reír. Augusto la miraba sin entender.

—¿De qué te reís?

—¡Es que no puedo creerlo!

—No entiendo.

—Eres tan tierno, Augusto. —Lo besó en los labios—. Ven, te invito a comer algo, pero algo de verdad —enfaticó risueña.

Él seguía sin comprender el motivo de la risa, pero le gustaban el modo espontáneo y la alegría que ella le contagiaba, así que resignó sus preguntas y se dejó llevar.

Bordearon la costa hasta el café Roma. Eligieron una de las pocas mesas libres de su terraza, poblada de turistas alemanes.

Augusto solía demorarse en elegir la comida, recorría cada carta como un explorador. Si no entendía, investigaba consultando al camarero. Intentaba mostrarse simpático para inspirar la paciencia del

ocasional servidor, a quien sometía a un intenso interrogatorio, para luego sugerirle variaciones: “Con poco picante o casi nada”, “la salsa, por favor, aparte para que yo pueda mezclarla” y tantas otras, a menudo poco imaginables. Lejos habían quedado los días en que creyó padecer de celíaca. A sus trece años, luego de darse un atracón de alimentos prohibidos, descubrió que los efectos de la enfermedad habían desaparecido, y una sensación de libertad renacía cada vez que se sentaba en un restaurante y todas las comidas eran posibles para él. Nunca supo qué fue lo que realmente había tenido, pero lo cierto es que las excursiones gastronómicas se transformaron en la antesala del paraíso.

España le ofrecía sus agradables sabores, que disfrutaba en cada bocado como un manjar único.

Pilar había elegido una lubina a la plancha, y Augusto, luego de todo el periplo, recaló en una “selección de montaditos”, cuyo contenido la camarera debió explicar tres veces.

A Pilar le costaba contener la risa; esto provocaba confusión en la moza, pues no sabía si todo era en serio o le estaban tomando el pelo. Cuando se retiró, Pilar estalló en una carcajada incontenible, y Augusto, con ella.

Repitieron las cervezas y también los cafés. Reclinados en las sillas bajo el sol tibio, sus miradas coincidían al observar un barco pesquero, de pequeño porte, anclado a cien metros de la orilla y que era sobrevolado en círculo por una bandada de gaviotas. A él le pareció que el reflejo de la luz en el rostro de Pilar aclaraba sus ojos marrones sobre la piel mate y, sin ser advertido, recorría con la mirada sus manos delgadas.

Ella propuso continuar el paseo. Mientras se levantaba de su silla, pisó un corcho tirado en el piso, que la hizo tambalear. Esto provocó la inmediata risotada de Augusto.

—Fueron dos cervezas nada más. Que no se diga, Pilar.

—Es que mira. —Le mostraba el objeto motivo de su traspie.

Él repitió su risa.

—En Argentina se dice de alguien que no tiene resistencia al alcohol que “pisa un corcho y se emborracha”.

—Que no es mi caso —continuó ella con la broma—. A mí no me tumba un corcho.

Mientras caminaban, advirtieron que a una cuadra, en la estación, los pasajeros se subían al tranvía. Corrieron para alcanzarlo. Ni bien ocuparon un lugar, el silbato anunció la salida.

En sus asientos de listones de madera, pegaban sus caras a la ventanilla mientras dejaban atrás el mar para ingresar en la curva que antes veían a lo lejos. El ligero vaivén transportó a Augusto a los tiempos en que acompañaba a su padre, Raúl, a entregar a sus clientes esos pequeños paquetes envueltos en papel madera, atados meticulosamente con un piolín y su correspondiente moño. Aquel rostro delgado y habitualmente severo, de nariz filosa, calzado con gruesos anteojos, parecía sonreír al mirar hacia la calle cuando algunas tardes, luego de la llegada de su hijo del colegio, iban juntos a cumplir la misión. Era el momento del recreo para ese mecánico dental, riguroso y disciplinado, que pasaba largas horas en su mesa de trabajo fundiendo metales, puliendo acrílicos y porcelanas para que las formas fueran perfectas. “No tienen que ser muy parejos porque los dientes naturales tampoco lo son”, esta frase resonaba en ese chico de ocho años, que no alcanzaba a comprender el sentido de esa sentencia. Para Raúl, los defectos eran parte de la perfección, y solo se sentía satisfecho cuando lograba materializarlos en las piezas dentales, luego de exigirse al máximo tras largas jornadas. Consideraba que su trabajo era artístico y así lo decía.

Augusto lo acompañaba jugando con las prótesis que no habían alcanzado el objetivo y desparramando en el piso materiales que alteraban los nervios de su papá. Para Raúl, el dinero no significaba la recompensa mayor que aguardaba al final de cada viaje, sino que los elogios sinceros de los dentistas se convertían en el orgullo que atesoraba como su más importante carta de presentación.

El tranvía, como fondo de aquella imagen cuyo primer plano era la cara sonriente de Raúl, dibujaba ahora en Augusto una sonrisa tan igual a la de su padre que él mismo no lo hubiera creído.

Ella recostaba su cabeza en el hombro de él, aunque debía arrellanarse en el asiento para igualar la altura. Era una disparidad que a Pilar no le importaba.

El vagón circulaba por unas calles angostas, abriéndose paso entre las casas iguales, cuadradas y pequeñas. Al llegar a la Plaza Mayor, decidieron bajarse. No era muy grande comparada con otras similares de Europa, aunque conservaba ese inconfundible estilo: un cuadrado abierto entre edificaciones y que, a modo de patio, producía la sensación de descanso y restauración.

Frente a la parroquia de piedras grises, se extendía la breve explanada de baldosas claras en donde las mesas de los bares, distribuidas alrededor de la fuente, convertían el espacio en un sitio agradable y acogedor. No se resistieron a la tentación de sentarse y eligieron una mesa, como tantas otras, protegida por una amplia sombrilla blanca.

—¡Qué bueno es esto, ¿verdad?! —exclamó Pilar.

—Espectacular. Maravilloso. Es de película. —Augusto sonreía mientras abría sus manos para abarcar todos los elogios que no le cabían en su vocabulario.

—Me alegro de que te guste.

—Va a ser difícil volver a Buenos Aires.

—Entonces no vuelvas —acentuó despreocupada.

Augusto rió accediendo al juego de Pilar. El camarero vestido con delantal negro se acercó para escuchar el pedido, interrumpiéndolos. Esta vez, Augusto solo se limitó a pedir un cortado “con más leche que café y con casi nada de espuma”.

—No me has contado mucho de tu vida, Augusto.

—Es que no hay tanto para decir.

—¿Cómo va tu trabajo?

—Bueno, en los últimos años fue cambiando. Cuando volví de Guatemala, los torneos que yo dirigía los siguió dirigiendo otra persona, que yo había dejado en mi reemplazo. Mis alumnos también pasaron a tomar clases con otros, así que, después de mi regreso, tuve que empezar de cero. Conseguí otros clubes, otros alumnos, y con Internet se me abrió el panorama. Así comencé a jugar con gente de distintos países, y es la mayor parte de la actividad. Gracias a eso estoy aquí, con vos.

—¿Crees en el azar, en el destino?

—¿Por qué me lo preguntás?

—Digo por nuestro encuentro. Si no te hubieras ido a Guatemala, tal vez no nos hubiéramos conectado, no habríamos jugado juntos y no estarías aquí.

—En ese caso se puede decir que el azar hizo su parte... —y agregó con énfasis—: Buena. —Festejó subrayando con una risotada.

Ella se acercó para besarlo. Augusto respondió el beso, que interrumpieron al advertir el delantal negro, parado al lado de la mesa, esperando a que se despegaran. El camarero acercó dos pocillos y dos napolitanas de chocolate.

Mientras el sol caía lento, dibujando sombras en el frente de la parroquia, la conversación se animaba con la historia de Pilar sobre su niñez, su sueño adolescente del príncipe azul arruinado por un marido golpeador, sobre cómo, desde que tenía memoria, siempre quiso ser abogada, lo difícil que fue lograr un puesto en el Ayuntamiento. Augusto permanecía con sus ojos verdes clavados en los de ella.

—Te he abrumado, ¿verdad?

—Para nada, me resulta muy interesante todo lo que me contás.

—¡Ay! Augusto. Eres especial.

Ella lo besó con ternura. El delantal negro volvió a aparecer para recordarles que estaban por cerrar.

Eran las siete de una tarde anochecida cuando Pilar puso en marcha el auto. Casi no hablaron durante el trayecto. Se acompañaron silenciosos, en comunión, con la música de los Beatles que emitía una radio local.

Atravesaron el lobby rápidamente, tomados de la mano. Pilar abrió la puerta de la habitación, arrojó las sandalias, lo abrazó a Augusto con fuerza y lo besó con urgencia. Él recibió esa respiración entrecortada. A Pilar la ropa le quemaba y se desprendió con vigor. Augusto se dejó arrastrar por el vendaval: se sacó la remera y el pantalón, imitando su rapidez. La boca de ella los guió hacia el fragor. A unos pocos pasos de la puerta, tendidos en la alfombra, todo estalló en monosílabos enjaulados que se empujaban por salir. Lo hicieron con movimientos rítmicos y sonaron con estruendo.

Los cabellos rubios de Pilar descansaban sobre el pecho de Augusto, que se adormeció sonriente. Unos golpes en la puerta los sobresaltaron.

Pilar se fijó en lo único que llevaba puesto: su reloj. Marcaba las nueve de la noche. Aunque no era tarde, el llamado sonó inoportuno. Augusto seguía tendido y la miró intrigado. Ella se dirigió hacia el baño y desde allí en voz alta preguntó quién era.

—Pedro.

Ella agrandó sus ojos para darle cabida a la sorpresa, se mordió el labio inferior y, sin poder creerlo, trataba de disimular el fastidio que le provocaba la situación.

—Sí. Disculpa, pero estoy acostada —dijo.

—Ah. Es que tal vez quieran venir a cenar.

—No, no saldremos, estamos cansados. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Fue una descompostura, pero ya ha pasado. Estoy bien.

—Me alegro.

Augusto miraba el *ping pong* entre la puerta y Pilar, que, contrariada, se había puesto su albornoz blanco.

—Oye, ¿está Augusto disponible?

Ella lo miró y cruzó su índice sobre sus labios, indicándole silencio. Él asintió en complicidad.

—Se está bañando.

—No hay problema. Dile que mañana me gustaría ir de compras juntos, luego del desayuno, si está de acuerdo, por supuesto.

Pedro le hablaba a la junta que la puerta y el marco forman al cerrarse, intentando que su voz entrara donde a él le estaba vedado.

—Vale, se lo digo.

—Nos vemos mañana. Que descansen.

—Gracias. Buenas noches.

Augusto esperó hasta que los pasos sonaron lejanos y se incorporó. Se acercó a ella y la besó. Se abrazaron.

—No saldremos a cenar, pero tengo hambre, Pilar.

—No te preocupes, pedimos que traigan algo a la habitación. Lo último que hubiera querido era salir a comer con ese pesado.

—¿Te vigila?

La pregunta la inquietó, no se le había ocurrido y se dio cuenta de que no era tan desatinada.

—No lo sé, pero me aterra pensarlo. —Se quedó unos segundos en silencio.

—Vamos a bañarnos. Bañémonos juntos —invitó festiva.

Augusto la miró divertido.

—Primero, miremos el menú y pidamos algo al bar. Cuando terminemos, lo estarán trayendo.

—OK. Tú elige por mí. Mientras, me meto en la ducha. —Pilar caminó resuelta hacia la bañera, se instaló detrás de la mampara transparente y abrió el grifo.

Él se envolvió en la bata, se sentó en la butaca al lado de la mesita con el teléfono y comenzó a inspeccionar la carpeta con las distintas secciones.

—¿Preferís algo del bar o del restaurante?—casi gritó Augusto.

—Un bocadillo y una ensalada estarán bien. Mejor, del bar —respondió ella, igualando el volumen.

Augusto pidió “una ensalada de bonito y tomate, un bocadillo de jamón...” y se detuvo en las averiguaciones necesarias para saber de qué se trataba el “frito mallorquín” y en qué consistía cada uno de sus ingredientes. La voz de Pilar, que reclamaba atención desde la ducha, precipitó el final del llamado telefónico.

El Corte Inglés

El taxi los dejó en la puerta de El Corte Inglés. Augusto desfundó un billete de diez euros que anticipó a Pedro en su intención de pagar el viaje. Creyó que era una manera de congraciarse. Ahora sabía que, sin haberlo buscado, él era visto como un rival. Si de algo estaba seguro, era que no pretendía involucrarse en una disputa por una mujer a la que no sabía si amaba. Además, su ocasional compañero parecía digno de temer: conocía bien a Pilar y mostraba un lado áspero, que intentaría evitar para no salir dañado. Tratar de hacerse amigo era la táctica para pasar sin disgustos los días que quedaban.

—Quería agradecerte por las molestias que te tomás y por estas hermosas vacaciones que estamos pasando —sobreactuó Augusto, en tono edulcorado.

—No tienes nada que agradecer. Es un placer —equiparó Pedro ampuloso, moviendo la cabeza y la mano derecha en gesto de negación.

Pedro lo aborrecía, no tanto por el lugar que ocupaba, sino por esa ostentosa falta de mérito para lograr semejante conquista. Lo invadía una sensación de injusticia: ¿cómo era posible que semejante pusilánime hubiese logrado hacer de Pilar una mujer feliz? Ni siquiera tenía la valentía de hacerle frente, no presentaba batalla porque “esos no son suficientemente hombres”. Esto lo creía y estaba convencido desde la voz de su padre, el capitán de inmaculado uniforme.

—Aquí hay de todo, sabes. Ven, vamos a ver unos abrigos.

Pedro se dirigió resuelto a uno de los escaparates que ofrecían sacos de cuero y comenzó a probarse. Augusto recorrió las mesas y los percheros que ofrecían camisas, pantalones y pulóveres, y constató que los precios estaban muy lejos de su presupuesto. Nunca había tenido tarjeta de crédito porque no estaba inscripto en el fisco, ejercía su actividad en negro, por lo tanto debía usar cuentas prestadas para cobrar honorarios, especialmente los que recibía de su participación por Internet. Solo se manejaba con dinero en efectivo.

—Mira, Augusto, ¿qué te parece este?, ¿cómo me va? —Pedro salía del probador.

—Está muy lindo. Te queda bien.

—Además, es de una piel muy liviana.

Mientras hacían la fila de la caja para pagar, Pedro le mostraba a Augusto el valor de la prenda: mil seiscientos euros. Augusto arqueó las cejas para arriba y la boca para abajo por semejante cifra.

—¿Tú no te has comprado nada?

—No.

—¿Es que no te ha gustado lo que has visto?

—Es un poco caro para mí.

—Entiendo, no dispones de dinero.

—Bueno, es que los precios de aquí son altos en relación con Buenos Aires.

—Mira, si no puedes afrontarlo, puedo prestarte y no te preocupes por devolverlo.

Augusto lo miraba fijo sin responder. Pedro se sentía incómodo.

—Vamos, que no serás menos hombre por eso —lo azuzó Pedro en tono burlón.

—Es que no es necesario que me prestes. Tengo suficiente ropa. Además, por el precio que te cuesta este saco, se consiguen cuatro o más en Argentina.

Pedro sintió la estocada y contraatacó:

—No es necesario que te compres un abrigo. Al menos cómprale algo a tu novia.

Sacó un billete de cien euros y lo introdujo con prepotencia en un bolsillo del pantalón de Augusto.

Llegaron a la caja, y Pedro depositó el abrigo sobre el mostrador, con aire triunfal. Augusto le devolvió el billete, poniéndolo en el bolsillo del saco flamante de cuero, y se retiró unos pasos para esperar que su compañero terminara con el trámite.

Los dos hombres estaban en la calle, tratando de conseguir un taxi. Esperaron minutos, que les resultaron largos, sin que apareciera ninguno desocupado.

—Podemos caminar, tal vez haya alguno más adelante —propuso Pedro.

Emprendieron el camino por Jaume III. Unos metros antes del cruce con el Passeig Mallorca, ante la puerta de un bar, Pedro propuso tomar un café. Augusto aceptó con la condición de pagar él.

Era un local estrecho con mesas cuadradas y pequeñas, a poca distancia unas de otras. El voluminoso paquete de El Corte Inglés, que descansaba sobre una silla, cobró excesivo protagonismo en el minúsculo reducto.

—Así que la estás pasando bien —lo increpó Pedro en tono firme y acariciándose el abundante bigote de pelos negros y grises.

—Sí. Excelente. Está todo bárbaro.

—Quiero hacerte una pregunta y espero que no lo tomes a mal.

—Pedro apoyó sus codos en la mesa y se acercó a Augusto.

—No, por favor —respondió manteniéndose en su lugar y dejando a su rival solo en el avance.

—¿Qué planes tienes?

—¿A qué te referís?

—Bueno, pues a Pilar. ¿Te quedarás a vivir aquí?

Augusto clavó sus ojos verdes en los negros de Pedro. No recordaba haber hecho confesiones íntimas en su vida. Se encontraba ahora frente a un inquisidor. Se quedó mudo, sin despegar su mirada de la de Pedro.

—No sé.

—Pero la quieres, ¿verdad? —insistió.

Augusto acentuó un instante de silencio y respondió:

—No te ofendas, pero prefiero hablar de este tema primero con Pilar. No sé si me explico.

—Te explicas perfectamente. No me crees digno de confianza.

—Nada de eso. Es que no quiero hablar con vos antes que con ella —Augusto reiteró el argumento varias veces, tratando de atemperar el disgusto de Pedro.

—Está bien, entiendo.

Se levantó bruscamente mientras sacaba la billetera. Augusto le recordó su compromiso de pagar. Pedro lo desoyó, depositó el importe de la cuenta sobre la mesa y caminó hacia la salida. Augusto tomó el billete y lo reemplazó por uno de su propio bolsillo. Lo alcanzó y le devolvió el dinero, poniéndolo dentro de la bolsa del abrigo.

Un taxi vacío llegó al rescate. Durante el corto trayecto, los dos hombres sentados en el asiento de atrás, separados por la bolsa, no pronunciaron palabra.

En la Cueva del Drac

La ruta que conducía a Manacor estaba despejada. Nina y Pedro viajaban mudos en el asiento de atrás del auto. Había entre ellos una tensión inusitada, comparada con la amable indiferencia con que solían tratarse. Pilar y Augusto iban en silencio, adelante. La noche anterior había sido larga en caricias y corta en sueño. Sin embargo, cada uno permanecía callado por distintos motivos. Ella se sentía feliz como pocas veces lo había sido. Imaginaba un futuro al lado de Augusto y pretendía no aparecer edulcorada con él delante de sus amigos. Optó por la discreción.

Durante el encuentro nocturno, él escuchó varios “te amo” vehementes que lo dejaron sin respuesta. No sabía por qué, pero decir “te amo” lo sentía como una traición. Le parecía exagerado. Llegó a balbucear un poco convincente “yo también”, sepultado por los gemidos. Ahora escondía su confusión detrás de los lentes negros.

La Cueva del Drac era una visita impuesta por el conserje del hotel: “Es tan magnífica que nadie que visite Mallorca puede perderse la”.

Llegaron a un amplio estacionamiento donde los micros descargaban legiones de turistas que, al agruparse en diferentes sectores, se convertían en una masa de estudiantes veteranos. Para alejarse de la creciente aglomeración, las dos parejas caminaron rumbo a la entrada.

Pedro se adelantó hacia la boletería, más interesado en desprenderse de su propio grupo que en obtener los *tickets*. Luego de la pelea con Nina, deseaba estar solo. Prestaba su cuerpo para cumplir con lo que consideraba una regla de cortesía.

—Tenemos una media hora de espera —informó con los boletos en la mano.

—Los invito a tomar algo —se animó Augusto con espíritu festivo.

Todos se sentaron en una de las mesas de la gran terraza, que comenzó a poblarse con alemanes, franceses y suecos.

Una vez terminadas las cervezas de rigor, Pedro y Nina, que, abstraídos, no pronunciaban palabra, se adelantaron para estar entre los primeros en ingresar.

Pilar aprovechó la lejanía de sus amigos y se acercó a Augusto, le dio un largo beso y luego se quedó mirándolo.

—Qué bien la hemos pasado, ¿verdad? —dijo ella.

—Ah, sí, ¿cuándo?, no me acuerdo —respondió.

Ella lo miró severa y, al ver la sonrisa de él, le pegó suavemente con la mano en el hombro, en un enojo fingido. Él soltó una carcajada y la besó.

—Así que no te acuerdas. Es evidente que esto te pasa todos los días. O, por lo menos, con muchas otras.

—Todos los días no. Día por medio.

—Entonces tendrás varias con quienes compararme.

Él se puso serio, hizo un silencio breve y quiso decirle que la amaba, pero no pudo. Ella creyó ver que Augusto se preparaba para anunciarle algo pero, cuando parecía que lo iba a hacer, se detuvo. Milésimas de segundo (una fracción incalculable) abrían una grieta inesperada. Pilar creyó leer esa duda y, callada, esperó la confirmación de su amor.

—Sos incomparable —murmuró Augusto.

—Tú también.

Pilar sonrió, le tomó la mano y tuvo la sensación de que había algo más que no había podido salir a la superficie.

La gente descendía lentamente por las escaleras. Ellos se apresuraron y entraron al final del grupo. A medida que se introducían en la profundidad de la cueva, las columnas de estalactitas iluminadas artísticamente ofrecían un espectáculo inusitado. El piso húmedo les hacía temer un resbalón, y se aferraban mutuamente del brazo. El aire se volvía espeso. Múltiples formas se presentaban una tras otra. Las gotas, lentas y milenarias en su acumulación, parecían haber derretido la roca con un arte caprichoso. El techo y el piso exhibían una población de figuras insólitas.

—¿Tuviste algún desengaño amoroso que te haya marcado? —quiso saber Pilar.

—No, ¿por qué me lo preguntás?

—Me parece que tienes miedo a entregarte. O, tal vez, tienes dudas.

Una exuberante población de finas agujas tapizaba el techo del recinto que estaban atravesando. Augusto aprovechó la contemplación y el asombro que producía ese fenómeno para tomarse un tiempo. No podía explicar qué le ocurría. Lo desconcertaba que ella pudiera ver en su interior más que él mismo.

Un dolor mudo le producía malestar, fastidio. Hubiera querido encontrar una puerta de salida y alcanzar un lugar donde nadie lo molestara ni le pidiera nada. Un lugar donde el amor de una mujer no representara el peligro de perder la exclusiva pieza de la calle Aranguren de la casa de mamá, el territorio que él no permitiría que fuera conquistado por ninguna extranjera.

Una fuerza invisible le impedía hablar.

—Qué humedad hay aquí. —Augusto parecía ahogado.

—Te sientes mal, ¿quieres que salgamos?

—No, está bien. No te preocupes. —Extrajo de su bolsillo un pañuelo y secó su transpiración.

Caminaron hasta el lugar más profundo de la caverna. Mientras bordeaban un lago de agua turquesa, una música comenzó a sonar lejana hasta que se dejó ver en la ejecución de un violinista que viajaba en una barcaza.

Pilar había llegado donde ninguna otra había podido, y era él quien debía decidir si navegaba con ella. Augusto tenía conciencia de estar atrapado y de que cualquier decisión le provocaría daño, un gran daño.

Comenzaron a desandar el camino. Augusto estaba repuesto.

—No me has contestado todavía —insistió Pilar.

—¿Te parece que tenga dudas?

—No sé. Me parece que hay algo que querías decirme y eso me tiene intrigada.

—Me alegro de que sea una intriga, así soy más interesante —sonrió.

—Tal vez haya otra mujer.

Augusto la miró a los ojos, quiso decirle que nunca había sentido eso que no podía pronunciar. Absorbió una bocanada de aire para darse coraje, inclinó la cabeza apoyando su barbilla casi en el pecho y soltó la frase en una exhalación:

—Pilar, yo también te quiero —dijo solemne, como un modo de atenuar aquello que corría subterráneo en él.

Ella lo besó en los labios y, al ver a un niño asustado, le sonrió con ternura. Él se sintió aliviado y respondió a la sonrisa.

Al finalizar las escaleras, los ojos debieron acostumbrarse nuevamente a la luz del día. Nina y Pedro, parados junto al auto, los aguardaban para el regreso.

Mamá

El avión los había dejado en el aeropuerto de El Prat y, luego de recoger las valijas, Pedro y Nina se disponían a tomar un taxi antes que sus compañeros de viaje. Pilar estaba contenta de despedir a sus amigos.

—Gracias por todo, Pedro, la he pasado maravillosamente. Nina, ha sido un placer compartir con ustedes estos días tan fantásticos para mí. —Augusto la besó en ambas mejillas mientras no dejaba de hablarle.

—También ha sido un placer para nosotros compartir contigo. Espero volver a verte muy pronto por aquí.

—Sí, claro. Y vengan a conocer la Argentina, que los recibiré con gusto.

Pedro había introducido las maletas en el baúl y ya se había sentado en el interior del vehículo. Estaba serio y, mientras el auto se alejaba, no se dio vuelta para ver a Pilar, que los saludaba con la mano.

El departamento de Pilar estaba ubicado en el último piso de un complejo de edificios, en la Villa Olímpica, a dos cuadras del mar. Eran cuatro bloques de cinco pisos que formaban un cuadrado y rodeaban un jardín interno.

Al llegar, abrió presurosa las ventanas para que la luz hiciera revivir el hogar y desalojara la oscuridad que lo había convertido en un espacio ajeno. Cuando iluminó el ambiente, también se alumbró en ella un instante de alegría por reencontrarse con los objetos propios, como si estos la estuvieran esperando. Volvió a adueñarse de lo que había dejado y ahora, mientras ofrecía su casa, se sentía expuesta ante los ojos de Augusto. Luego del divorcio, ningún otro hombre había entrado allí. Él ni siquiera imaginaba lo que este gesto significaba.

—¿Quieres un café, algo fresco?

—Un vaso de agua, gracias.

Augusto recorría el *living* mientras Pilar se dirigió a la cocina. Era un espacio amplio, con pocos muebles. Le llamó la atención que, so-

bre la mesa ratona, frente a los sillones, hubiera tantos portarretratos que no dejaban espacio para apoyar nada. Recorrió con la vista las fotos, tratando de adivinar los parentescos: muchas de Leonor, la hija de Pilar. En casi todas, madre e hija aparecían sonrientes delante de distintos paisajes. Ningún hombre en ninguna de ellas. Era evidente que Pilar se había propuesto borrar a aquel hombre de su historia.

El ambiente claro recogía el color de los cuadros colgados en las paredes.

Ella llegó con el vaso de agua fresca, apoyado en un platito. Augusto estaba de pie y lo tomó con ambas manos.

—Ponte cómodo. Es tu casa. Tal vez sea una frase repetida, pero es sincera.

—¡Qué lindo tu departamento! —La luz se reflejaba en el rostro sonriente de él.

—Gracias.

Pilar lo invitó a sentarse en uno de los sillones.

—¿Hace mucho que vivís aquí?

—Trece, catorce años. Este barrio se construyó para las Olimpiadas. En ese período vivieron aquí delegaciones de atletas. Luego se vendieron los apartamentos, y con Joaquín, mi ex, decidimos comprar. Fue un buen momento, todavía teníamos un proyecto.

Augusto tomó uno de los portarretratos.

—¿Esta es tu hija?

—Sí. Leonor. Ahora está de vacaciones con su novio, en Ámsterdam. Es mi alegría.

—Es muy linda. Se parece a vos.

—Tú siempre tan galante.

—Es verdad. Tiene tu misma mirada.

—¿Y cómo es esa mirada?

—Profunda. De alguien inteligente.

Pilar sonrió y lo tomó de la mano.

En el celular de ella, sonó con fuerza “All you need is love”. Miró la pantalla del aparato para identificar la llamada.

—Hola, mamá. Sí. Cómo estás. Todo bien por aquí. Todavía en Mallorca... La estamos pasando muy bien. —Pilar miró a Augusto buscando complicidad.

Él sonrió y se dirigió hacia la ventana. Se quedó mirando a unos chicos que jugaban a la pelota en el jardín

—No, está bien el tiempo, ¿y tú...? Bueno, me alegro. ¿Cómo está el tío? Envíale mis saludos. Sí, luego iré a Madrid unos días y regreso a Barcelona. No te preocupes, yo te recogeré. Te avisaré cuando esté de regreso... Pues sí... Yo también... Cuídate. Gracias. Beso.

Ella se acercó a él, que seguía el movimiento de los niños. Se dio vuelta al sentir la cercanía de Pilar.

—Es muy lindo este lugar en verano. Siempre hay bullicio y movimiento.

—Así parece. Lindo jardín.

—Sí. Lo cuidamos entre los vecinos. Yo soy la presidenta del consorcio, así que es un poco mi responsabilidad.

—Por eso está tan bien cuidado. —Él la besó en los labios.

—¿Quieres un café?

—Bueno.

—Ven, acompáñame a la cocina.

Augusto se detuvo frente a una pintura que colgaba en la pared, sobre uno de los sillones. Era una tela de un metro y medio por uno. Desde un fondo gris que asemejaba una nube, se iba formando el cuerpo de una mujer que, arrojándose al vacío, culminaba con el rostro en primer plano. El rojo intenso de sus labios, pintados como llamaradas, besaba el borde izquierdo transmitiendo desesperación. Él interrogó con los ojos a Pilar, quien, sombría, contestó que lo había hecho una amiga.

—Es muy lindo. Tiene algo que impresiona —dijo él.

Ella se quedó en silencio.

—¿Es muy amiga tuya?

—Sí, era muy amiga. Se llamaba Laura.

—¿Era? ¿Se pelearon?

—No. Se suicidó un mes después de haberlo terminado.

—¡Ah!

—Disculpa, no quise ponerte mal, solo es que a veces me cuesta creerlo.

—¿Hace mucho?

—Dos años. Cuando lo observo, cobra un significado que antes no tenía. —Pilar encendió un cigarrillo

—¿Estaba deprimida?

—No. Se la notaba rara, pero siempre tuvo un carácter especial. A veces, muy concentrada en sí misma. En los últimos tiempos estaba silenciosa. Tal vez, había un grito en ella que no pudo salir. Me he preguntado si yo no supe escuchar.

—¿Y cómo podías saberlo?

—No sé. Nunca imaginé que ella pudiera hacer algo así.

—¿Cómo fue?

—Se tiró por la ventana de su casa.

Pilar contenía sus lágrimas en silencio. Él la abrazó con ternura.

—Solíamos hablar a menudo por teléfono. Muchas veces la extraño. —Dio una pitada a su cigarrillo—. Teníamos mucha afinidad. Aunque parezca muy egoísta, me dolió que me haya abandonado de esa manera, como si nuestra amistad no fuera suficiente para ayudarla. Su suicidio me hizo sentir impotente, inútil.

—Seguro que no estaba en sus cabales para hacer una cosa así. ¿Tenía hijos?

—Tres. Dos hijas y un varón. Y una nieta. No lo puedo entender. Los seres humanos debemos cuidarnos de nosotros mismos, tenemos la increíble capacidad de provocarnos mucho daño.

Augusto no supo qué decir. Ella lo tomó del brazo y lo arrastró a la cocina.

Sentados a la mesa de mármol gris, compartían los tazones de café.

—Estoy encantada de que estés aquí.

—Gracias. ¿Y tu madre qué cuenta?

—Está en lo de su hermano. Se quedará allí hasta la semana que viene. No te preocupes que no nos molestará.

—No es que moleste, simplemente para saber.

Pilar sonrió con picardía.

—Es que a veces no sé como deshacerme de ella.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Ella se ha mudado contigo?

—No. Bueno, es que yo siempre he vivido con ella.

—¿En tu casa o en la de ella?

—En la de los dos.

—Pero si nunca te has ido, tú eres el que vive en la casa de ella.

—Es que, al morir mi padre, Norma y yo decidimos cederle nuestra parte para que mi madre viviera allí. —En la frente de Augusto asomaban unas gotas de transpiración—. Es también mi casa.

—Es que no es un tema legal. Se trata del hogar donde uno decide vivir. Tú has decidido vivir allí, ¿o no?

Augusto meneó la cabeza como dudando de la respuesta.

—Bueno, sí.

—Nunca te has ido. Salvo cuando has estado en Guatemala.

—Y cuando iba a Mar del Plata todos los veranos.

—Y ahora, que estás aquí.

Augusto sonrió. El aroma del café impregnaba la cocina. Ella abrió una de las alacenas y de un frasco sacó una galletas que sirvió en un plato.

—Oye. Te propongo que desempaquemos y salgamos a caminar un poco por aquí.

Él asintió con la cabeza mientras masticaba. Ella sonrió al verlo con la boca llena.

Llevaron las maletas hasta el final del corredor, una antecámara con un gran placard precedía al dormitorio. En simultáneo comenzaron a sacar la ropa de sus respectivas valijas para acomodarla.

—Tienes todo ese lado para ti.

—Qué cómodo. Hay mucho espacio.

—Te dije que es tu casa.

—Cuidado, te podés arrepentir.

—No entiendo.

—¿Y si no me quiero ir?

Pilar sonrió.

—¿De verdad lo piensas?

Augusto se puso serio.

—No. Es una broma.

—Tal vez puedas considerarlo.

Él no quiso seguir con el tema y se concentró en ordenar la ropa. Ella lo tomó por la espalda y rodeó su cintura. Él pudo sentir la cara de ella apoyada en su cabeza. Tuvo, por primera vez desde que la conocía, el impulso de soltarse, pero se contuvo por gentileza.

—Ya terminé de guardar todo. ¿Vamos?

—¿Estás apurado?

—Me gustaría caminar un poco.

Pilar demoró unos instantes en el cuarto de baño. Al salir, se la veía más seria.

Cuando llegaron a la calle, él sintió el placer del aire fresco en el rostro, respiró profundo y le pidió a ella que lo guiara hacia la costa. Una ansiedad inexplicable lo impulsaba a ver el mar.

El lagarto de Gaudí

Se habían levantado temprano para aprovechar la mañana y ya estaban exhaustos de recorrer una parte de lo que Pilar llamaba “el circuito Gaudí”. Comenzaron por el Park Güel y, luego de visitar La Pedrera y la casa Batlló, caminaron por el Paseig de Gracia. Ahora esperaban unas gambas a la plancha sentados a la mesa de un bar al aire libre, bajo el sol de un mediodía pariente del verano.

El rostro de Augusto se mostraba sonriente, pero su mirada padecía de leves ausencias.

—¿Lo estás disfrutando?

—Muchísimo.

—Pero hay algo en ti que no puedo atrapar.

Augusto se encogió de hombros y se mostró sorprendido, una vez más, por la agudeza de ella, que podía leerle los gestos, por mínimos que fueran.

—¿Te preocupa algo?

—No. Nada importante.

—Como por ejemplo...

Augusto se quedó unos segundos en silencio, porque ni siquiera él sabía qué lo desenfocaba de ese momento. No era su costumbre indagarse a sí mismo, pero la pregunta de Pilar lo descolocaba y, para no parecer descortés, contestó lo primero que se le vino a la mente.

—Nada. Estaba pensando en los regalos que tengo que llevar.

—Algo les has comprado a tus sobrinas. ¿A quién más te falta?

—A mamá.

—¿Qué idea tienes?

—Ese es el problema: no tengo la menor idea.

—Ropa, bisutería, pañuelos. Puedo ayudarte a buscar. ¿Qué le gusta?

—La pizza.

Pilar estalló en una carcajada que atrajo la atención de los vecinos de mesa.

—¿Y qué le regalas para los cumpleaños?

—Se ocupa mi hermana. Ella me dice cuánto gastó y yo le doy la mitad.

—¿Nunca le has comprado algo?

Desconcertado, intentaba recordar alguna experiencia cercana, pero no la hallaba. La indefensión de él provocaba en Pilar una ternura que la impulsó a protegerlo.

—¿Qué ropa le gusta?

Augusto, encerrado en el laberinto, no encontraba caminos posibles.

—Es que no sé.

—Tómalo con calma, ya encontraremos algo.

Él pagó la cuenta. Se metieron en el metro y, al cabo de diez minutos, salieron frente a la Sagrada Familia.

Inclinados hacia atrás en el intento de abarcar la altura del templo con la mirada, compartían la fascinación que les producían la elegancia de la construcción y los múltiples detalles de su fachada.

—Ven, este es uno de mis lugares predilectos. Sé que no soy original, pero no puedo evitarlo.

Augusto la siguió. Ella había desarrollado la habilidad de eludir la multitud de turistas imponiendo su credencial del Ayuntamiento, que les franqueaba la entrada. Recorrieron el interior y se detuvieron en el recinto en donde se exhibían el método y las formas que Gaudí tomó de la naturaleza para construir la catedral.

—Ven, que hay poca gente —apuró Pilar.

Él, contagiado por el entusiasmo que ella volcaba en describir los detalles, aparentaba prestar atención a sus explicaciones, pero en realidad, abstraído de lo que lo rodeaba, se concentraba en los labios de Pilar, en sus ojos, en sus expresiones.

Caminaban por las ramblas. Augusto le preguntó hasta qué hora estaban abiertos los negocios; ella lo tranquilizó asegurándole que aún tenían tiempo y lo invitó a recorrer el mercado de la Boquería. Ese lugar era para él un verdadero parque de diversiones. Lo atraían el despliegue multicolor de las mercaderías, frutas, golosinas, carnes, pescados, y la mezcla de aromas

y texturas. Augusto se perdía detrás de cada puesto, dejándose llevar por aquellos sabores que la infancia con falsa celíaca habían postergado.

Mientras intentaba descubrir cada rincón, Pilar tuvo que recordarle que quedaba poco tiempo para comprar el regalo de su madre.

Apuraron el paso. Los pies de ambos latían de tanto cansancio; sin embargo, el sentido del deber de él motorizaba la búsqueda.

Recorrieron tiendas de todo tipo, incluso de bisutería. En una de aquellas que vendía marroquinería, Augusto se decidió por una cartera, pero solo había de color rojo. Consideró que no era el adecuado para su madre y desistió de la compra.

Pilar daba ya signos de agotamiento. Augusto se detuvo frente a la vidriera de un negocio de regalos típicos. Ella descubrió que la mirada de él se concentraba en la reproducción de un dragón hecho de pequeños mosaicos multicolores, como los que adornan la escalinata del Park Güel.

—Es muy lindo.

—Sí. Me gusta.

Dentro de la tienda, había distintas opciones de colores, y Augusto no podía decidirse por ninguna.

—¿Qué lagarto te gusta más?

—No sé. Me da igual. Pero es un dragón.

—A mí me parece un lagarto.

—No tiene importancia. Elige uno y vamos.

—Elegí vos. Es un regalo que le haremos los dos.

Para Pilar la invitación era un modo de incluirla, y el halago la reanimó.

—Pues. A ver. El amarillo y negro.

El vendedor lo envolvió cuidadosamente en una caja luego de las recomendaciones de Augusto, que le advirtió reiteradas veces sobre su temor a que se dañara en el viaje. Pilar, que solo deseaba volver a casa, le garantizó que eso no ocurriría.

Al llegar, Pilar se quitó velozmente los zapatos, se recostó en el sofá y se quedó dormida. Augusto no pudo resistir la tentación:

desenvolvió cuidadosamente el regalo y se quedó un largo rato observándolo. Sonreía ilusionado, imaginando el momento de la entrega, la cara de sorpresa y el agradecimiento de su madre.

Repitió la operación del envoltorio imitando al comerciante. Para asegurarse de que nada le pasaría al “lagarto”, arrugó algunas hojas de un diario viejo que encontró en la cocina y relleno todos los lugares vacíos que pudieran quedar en el paquete. Una vez finalizados los recaudos, recién entonces, pudo dormir tranquilo.

Un abrazo

La voluta del cigarrillo se interponía entre sus ojos y la entrada del edificio de la casa de Pilar. No sabía cómo había llegado hasta allí. Se encontró sentado a la mesa de ese bar, en la calle, bajo un frío que armonizaba con su estado de ánimo. Tal vez un mandato absurdo, emanado de una antigua voz, le ordenaba la conducta que “un hombre debe tener” y lo empujó, sin pensarlo, a instalarse allí desde las ocho de la mañana, hacía ya más de una hora.

Pedro había salido de su casa la noche anterior. Nada quedaba por decirse con Nina. Todo había terminado.

Sabía desde hacía largo tiempo que su relación con ella era una pantomima. Refugiándose en su silencio, transcurrieron años y pudieron haber sido muchos más, hasta el final de su vida, sin que nada cambiara, pero la cercanía de sus sesenta años hacía que se interrogara si eso era todo lo que quedaría hasta el final. Jamás se atrevió a preguntarlo en voz alta pero, aun en silencio, la respuesta lo dañaba. Miraba a su alrededor y no encontraba nada que lo entusiasmara, que le diera deseos de levantarse por la mañana con alegría. Solo Pilar. Imaginarse junto a ella le daba sentido a su vida.

Nina era un refugio despojado de pasiones y habitado por rutinas; un modo de vida que parecía un ensayo de la muerte, todo estaba quieto, esterilizado, como sus instrumentos dentales.

Se había dado cuenta aquella tarde. Fue un instante muy intenso en el que se corporizó su infelicidad. Él atendió la puerta. Como tantas otras veces, apareció Pilar para visitar a su amiga. Los ojos de ella desbordaban de lágrimas que no pudieron contenerse. Su matrimonio se había terminado con violencia. Había soportado el maltrato físico, pero aquella vez sería la última. Los dolores acumulados se liberaban ante Pedro, parado allí en forma circunstancial.

Conmovido por su inesperada indefensión, se acercó y con un abrazo, que nació fraternal, le transmitió su compasión. Recibió el temblor detrás del sollozo y sintió su propia ternura despertar en él. La rodeó y la protegió. Una llama de erotismo comenzó a

encenderse, y creyó que a ella le estaba pasando lo mismo. Fueron unos minutos, los que Nina se demoraba en llegar desde la ducha hasta el *living*, los suficientes para que tuviera la certeza, luego de ese intenso abrazo, de que existía otro mundo, un continente nuevo. No supo si fue por el aroma que la piel de ella impregnó en la suya o por la suavidad de aquellos brazos, o esa cercanía que dejaba estampar en él sus formas, lo cierto es que descubrió en sí mismo una vibración que no conocía y, sin decirlo, se dio cuenta de que todo podía ser diferente.

Cinco años más tarde, estaba frente a la puerta de la casa de Pilar, cuestionándose el sentido de haberse levantado cada mañana para forjar una vida sin caricias. ¿Qué quedaba por delante? ¿Ocultar los albores de la vejez?

La convicción de que merecía procurarse una felicidad que nunca había alcanzado lo llevaba a barrer bajo la alfombra el escandaloso titular que imaginaba: “Se fue con la mejor amiga de su mujer”. Se sorprendía a sí mismo pensando que él sería uno de los más acérrimos críticos de quien hiciera algo semejante y, sin embargo, no le importaba. Nada podía ser más importante que tenerla entre sus brazos, entre sus sábanas.

Sentado en esa vereda bajo el frío intenso, ansiaba verla pasar, aunque estuviera con ese argentino. No le importaba nada, quería rescatarla para rescatarse a sí mismo.

Eran las diez y media de la mañana. Su cenicero estaba colmado. Vio a Pilar asomarse al portón del edificio. Augusto caminaba a su lado y le rodeaba la cintura con el brazo derecho. Atravesaron la reja sonriendo. Pedro se levantó. Se disponía a seguirlos. Ellos no advirtieron su presencia. ¿Qué le diría? ¿Que se fuera con él? ¿Que no podía estar sin ella? ¿Se lo diría delante de Augusto?

De pronto, en un raptó de lucidez, se sintió ridículo. Ese modo de actuar lo conduciría a un fracaso seguro. Necesitaba dominar su propia urgencia. Volvió a sentarse. Se peinó el bigote con la mano derecha. Pilar y Augusto se alejaban ignorando su mirada.

Pagó la cuenta. Comenzó a caminar en sentido contrario a la pareja. Compró un diario, buscó la página de clasificados. Recordó que debía alquilar un departamento. Estaba vivo otra vez.

Tossa de Mar

Pilar le había prometido a Augusto que le haría conocer uno de sus refugios más queridos: “Tossa de Mar es mi lugar en el mundo. He ido allí para pensar antes de tomar las grandes decisiones”.

Augusto se sintió agobiado por la confianza de Pilar y permaneció callado durante el viaje. Él creía no tener misterios que revelar. Sin amores secretos ni frustrados, no albergaba conflictos inconfesables. Pilar interpretó que su silencio seguía siendo un resguardo de su indefensión, un indicio de su temor a comprometerse.

Las vacaciones habían encerrado la realidad entre paréntesis y estaban llegando a su fin. Augusto partiría al día siguiente. La sensación compartida de estar viviendo el presente como si fuera pasado hacía nacer una tristeza que crecía a medida que se acortaban las horas para el regreso.

El mar se desplegaba ante ellos envuelto en un intenso frío. Los diversos grises se fundían en el horizonte con el tímido azul. La espuma se deslizaba con lentitud sobre la playa semicircular, acompañando el ritmo de la pareja.

Augusto observó, con el respeto de quien ingresa a un santuario, la pequeña bahía encerrada en uno de sus extremos por un promontorio coronado por los restos de una muralla muy bien conservada. Era sencillo recrear con imaginación la antigua fortaleza mientras se veía toda la extensión del muro. Ubicada a una respetable altura, insinuaba un aspecto inexpugnable.

Sin proponérselo, la imagen de reducto le hizo comprender a Augusto el motivo por el que Pilar había elegido ese sitio como lugar de reflexión. Él, de haber vivido en esa tierra, tal vez hubiera elegido el mismo sitio. Mirando el paisaje, se sentía en comunión con ella, algo que nunca le había ocurrido con ninguna mujer. Sin un registro nítido de sus propios sentimientos o, tal vez, ignorándolos por el temor que le suscitaban, no podía evitar que su cuerpo encontrara una forma de manifestarse: inquietud, nervios, cosquilleo. ¿Significaba “estar enamorado”? El inminente gesto de la

despedida, la cercanía del retorno a su casa, a su pieza, le producían malestar. Habitaba en él una confusión indescifrable para sí mismo. Su manifestación fue un escalofrío, un leve temblor que le hizo cruzar los brazos para tomarse los hombros y procurarse calor. Ella se acercó y lo abrazó por la espalda.

Caminaron por la breve costanera durante un tiempo que deseaban retener. La pequeña pared que bordeaba las angostas veredas no impedía el paso del viento que había comenzado a agitar las aguas.

Se detuvieron en un rellano que rodeaba a una pequeña estatua de Minerva. Se quedaron allí, en ese mirador, desde donde podían observar la ciudad vieja. Se acodaron sobre una baranda de rejas de hierro. Ella pasó la mano por el hombro de Augusto y él la tomó de la cintura. Las olas rompían encima de las rocas coloradas y acentuaban el silencio de los dos. La mutua cercanía era el refugio contra el frío.

—Qué lindo es tu lugar.

Pilar sonrió y apoyó su cabeza en el hombro de él.

Permanecieron callados un largo rato. Ninguno de los dos se atrevía a hablar por temor a que las palabras quebraran aquello que el oleaje, con sus estallidos, unía.

Ella se acurrucó un poco más.

—¿Cómo la has pasado?

—Maravillosamente. Te agradezco todo.

—No tienes que agradecerme. Lo he disfrutado.

Una respiración nerviosa contenía una pregunta que Pilar no se animaba a hacer. Encendió un cigarrillo y, luego de la primera bocanada, se dio impulso.

—¿Y qué haremos, Augusto? —dijo en un suspiro.

—¿A qué te referís?

—A lo nuestro. —Le sonó grandilocuente decirlo así. ¿Había algo entre ellos que hubiera podido calificarse como “lo nuestro”?

Ese instante, semejante a un relámpago, la pronunciación de esas dos palabras fue el modo que ella encontró de incluirlo en sus sentimientos. Lo había pensado. Estaba dispuesta.

Augusto solía eludir los enigmas del mundo real. Prefería concentrarse en los que verdaderamente llamaban su atención, como los del ajedrez o los más actuales del *bridge*; aunque fueran complejos le resultaban más gratificantes, porque encontrar la solución suponía ganar una partida o, al vencer el desafío, se demostraba inteligencia, habilidad. Los de la vida, en cambio, eran una molestia. Para él, no había ganancia en resolverlos, prefería eludirlos. Alguna vez se había planteado cuestiones laborales, como en qué lugar dar clases o qué torneo le convendría dirigir, pero nunca hubo encrucijadas en donde sintió que podía definirse un aspecto de su vida. Jugar es lo que quería, era más entretenido.

Se sintió aturdido por el modo directo con el que ella le manifestó lo que a él le ocurría y no podía decir, porque lo percibía confusamente.

—No sé. Espero que puedas venir a la Argentina a visitarme. Te puedo llevar a mi Mar del Plata

El silencio de ella tenía esta vez la carga de una expectativa, de una inquietud. No era la respuesta que esperaba.

—¿Y si te vienes a vivir aquí? —soltó, liberando por fin lo contenido—. Si juegas al *bridge* por Internet, es lo mismo en qué parte del mundo te encuentres. Puedo ayudarte a que dirijas torneos, tengo contactos. Podemos intentarlo, Augusto.

Las palabras se habían abalanzado para salir como objetos llenos de aire que, retenidos bajo el agua, emergen bruscamente a la superficie.

Él tenía fija la mirada sobre las rocas que resistían a pie firme los embates de las olas. Una sonrisa asomó en su rostro mientras imaginaba un cambio de vida: otro país, otras comidas, la vida junto a una pareja.

Ella creyó ver una posibilidad.

—Estamos en una edad justa. No criaremos hijos. Nos dedicaremos a cuidarnos mutuamente.

Él se refugió en una leve ausencia. La propuesta de Pilar lo atraía y hasta tuvo que esforzarse en no dejarse llevar por esa fantasía que vivieron durante los días transcurridos. Un impedimento

impronunciable estaba allí: una fuerza secreta que lo tironeaba y lo acurrucaba en su calle Aranguren. Era el terror de un niño perdido en una multitud y que no podía explicar: un grito expresado en un civilizado silencio.

A pesar del frío, Augusto transpiraba y había cobrado un ligero color pálido.

—¿Te sientes bien?

—Tengo frío.

—Vayamos a tomar algo caliente.

Caminaron hasta el bar que estaba cruzando la calle. El calor de su interior les hizo sacar los abrigos. Eligieron una mesa junto a la ventana. Ahora un vidrio humedecido los separaba del vaivén ruidoso y los ponía frente a frente.

Augusto bebió su café doble. Pilar revolvía su té de frutos rojos. Le pareció que él estaba elaborando una respuesta y se quedó callada, esperando con ansiedad.

—¿No será muy precipitado?

—Lo importante es que quieras. ¿Tú quieres?

Él volvió a sonreír imaginándose allí. Ella sonrió con él.

—Me encantaría. —Se puso serio y exageró un gesto de contrariedad—. Pero tengo que volver. Hay temas pendientes que debo resolver.

No sabía él mismo a qué temas pendientes se refería; sin embargo, le parecía un argumento fácilmente entendible y una respuesta lógica para obtener tiempo.

Pilar asintió con la cabeza.

—Por supuesto que lo entiendo. Pero, si tomas la decisión, podemos fijar una fecha. Y no te lo digo como si fuera un casamiento que, aunque se parezca, no lo es. No te asustes. Estoy hablando de atreverse, de correr riesgos. Augusto, vivir es correr riesgos. En estos días que hemos pasado juntos, me he dado cuenta de que te quiero, que quiero arriesgarme a estar contigo.

Él la miraba callado y asentía.

—Es que tampoco es tan fácil.

—Mira. Tengo mi casa. Hablaré con mi madre, y ella comprenderá, puede mudarse, tiene hermanos, sabes. Además, con mis ingresos no tendremos dificultades económicas, te lo aseguro. Tú, en poco tiempo, podrás trabajar como lo haces en Argentina.

Él limpió con su mano la ventana empañada y miró las farolas encendidas que coloreaban de amarillo el exterior. ¿Y si lo intentara? Se lo podría explicar a su madre. Seguramente, entendería y no volvería a amenazar con vender la casa e irse a un asilo, como lo había hecho alguna vez, cuando él había anunciado, sin convicción, que se iría a vivir con una mujer. Lo de Augusto había sido una provocación, un juegos, y la reacción de ella fue inmediata. El rostro de Lisy, su madre, había cambiado de aspecto bruscamente, como si hubiera recibido la peor de las noticias.

Esta vez era otra cosa. Ella no descalificaría a una abogada española, de buen pasar, como sí lo había hecho en diversas ocasiones a novias juveniles que no reunían las condiciones, ni lograban tener la altura ni la categoría de su hijo.

—Tu madre puede venir a visitarnos, si quieres —dijo ella, como si Augusto hubiera dejado escapar sus pensamientos.

Él la miró asombrado.

—Sos increíble, Pilar —le dijo con alegría y le besó la mano.

Iban abrazados. La noche temprana los invitaba a la búsqueda de un restaurante. Al pasar frente a la playa, Pilar se agachó y recogió de la arena un par de conchas marinas.

—Toma una. Tenla. Yo guardaré esta. Cuando regreses conmigo, las uniremos.

Él la observó y la guardó en su bolsillo.

—Cuando vuelva, las uniremos.

Amarillo

Augusto miraba por la ventanilla del avión. El atardecer comenzaba a mostrarse en un cielo limpio. Barcelona se convertía, lentamente, en una maqueta cada vez más pequeña hasta desaparecer. Aunque tratara de conciliar el sueño, como ocurría cuando viajaba, ahora no podía.

Las imágenes se le mezclaban confusas, sin relación aparente. No obstante, formaban parte de un balance agradable que encadenaba repetidas sensaciones de placer. Pero una molestia se interponía: la promesa a Pilar, el compromiso del regreso.

Sabía que sería difícil que volviera con ella; sin embargo, cuando repasaba los asuntos pendientes, descubría que eran de fácil resolución: algunos torneos en el año, que jugaría por Internet, y clases, que las podría dar algún reemplazante. Desarrollar la misma actividad en otro país, si tenía en cuenta sus antecedentes, no parecía un desafío tan complicado. No constituía eso el mayor obstáculo.

La oscuridad reinaba al otro lado de la ventanilla. Augusto apoyaba la cabeza contra el vidrio, cerraba los ojos y veía dibujarse en el rostro de su madre aquella mirada de fascinación, como la que mostraba siempre que él le contaba sobre su desempeño en los torneos. Ahora, dirigiría también en el exterior, y a ella, seguramente, le produciría orgullo, como cuando fue convocado por un grupo de bridgistas acaudalados desde Guatemala. Querían perfeccionarse en la técnica del juego y buscaron a un destacado maestro argentino. Lo eligieron a él. Su madre no dejó de comentarlo entre sus amigas.

Esta vez, en cambio, había una dificultad mayor: hablar con Lisy. Decirle que se iría con Pilar le produciría un disgusto o, quizá, alguna enfermedad que la dejaría postrada para siempre y lo obligaría a quedarse a cuidarla.

Tenía el estómago revuelto y no aceptó la comida que le ofreció la azafata. El sueño tardó en llegar. Las imágenes del colegio secundario, de donde lo habían expulsado por mala conducta, la

llegada de su madre al ir a buscarlo tras la expulsión, su silencio durante el regreso a casa y la sensación de ostracismo en la que vivió hasta encontrar un nuevo colegio se apropiaban de él ahora. La hiriente decepción en el rostro de Lisy cuando rompió el guardapolvos nuevo el primer día de clases actualizó una tristeza que al despertar sintió inexplicable.

Faltaban tres horas para llegar. Recordó el “dragón” de Gaudí que descansaba en la baulera, sobre su cabeza, y sonrió. Un regalo que mamá merecía.

El aterrizaje se adelantó media hora a lo previsto. Recién amanecía cuando llegó en un taxi a su casa.

El ruido de las llaves en la cerradura despertó a Lisy de un sobresalto. La alegría de saber que Augusto había llegado la hizo levantar de la cama inmediatamente.

Envuelta en su batón de franela verde, lo recibió con un beso. Preparó el mate y comenzó a contarle sus historias con las amigas, dónde habían ido a comer la noche anterior, las variaciones bruscas del clima. Después le preguntó a Augusto cómo lo había pasado en España.

Él tomó la caja con cuidado y la puso sobre la mesa. Al verla, lo interrogó con la mirada.

—Es para vos.

Lisy sonrió como una criatura en su cumpleaños y comenzó a abrirla quitando trabajosamente las protecciones.

—Te la compramos con Pilar.

Mientras descubría la pequeña escultura con vivos negros y amarillos, su sonrisa se transformó sin que Augusto lo percibiera. Su boca sostenía el gesto, pero no sus ojos. “¿Con Pilar?”. Sin dejar de sonreír, quitó por completo el envoltorio.

—Lo elegimos los dos —repitió Augusto para ella y para sí mismo.

Hubo un largo silencio cuando Lisy inspeccionaba los detalles del pequeño dragón.

—Es una lástima, porque es muy lindo.

—¿Una lástima?

—Me doy cuenta de que no lo compraste vos.

—¿Por?

—Cualquiera de los que me conocen sabe muy bien que odio el amarillo.

Dentista

Aquella mañana en la que Augusto se despertó con dolor de muelas, creía tener la disposición para hablar con su madre. Habían transcurrido casi tres meses del regreso de su viaje a Barcelona y, por diversas circunstancias, fue postergando la conversación que tantas veces imaginó. Ensayó, para sí mismo, en tono firme, una especie de comunicado que anunciaba que se iría a vivir con Pilar pero, a pesar de esos preparativos, no logró pronunciar palabra; algunas veces, porque sonaba el teléfono en el momento más inoportuno o porque él mismo no se procuraba el tiempo y debía dirigir algún torneo; otras, porque Lisy intuía que su hijo tenía algo serio que decirle y lo esquivaba yendo a visitar a alguna amiga. Ese movimiento, que con aparente inocencia generaban madre e hijo, favorecía a que todo permaneciera sin cambios. El silencio de Augusto era el resguardo para los dos.

El dolor de muelas de ese día le vino de perillas. ¿A quién se le ocurriría anunciar una noticia de ese calibre con semejante dolor? No tuvo otro remedio que ir al dentista.

Habitualmente, Augusto no se ocupaba del cuidado de su salud, y eran muy esporádicos los controles que se hacía de la boca. Solo cuando algún dolor lo incomodaba. Su odontólogo, al que concurrió alguna vez por una infección, era un hombre de más de ochenta años que había sido un fiel cliente de su padre. Por esto, no quería negarse a atenderlo, a pesar de que ya no trabajaba. El consultorio y el instrumental competían en antigüedad con su propietario.

Había evitado ir a verlo por algunas molestias en su boca que pretendió ignorar, creyendo que de este modo desaparecerían. Sin embargo, los dolores iban y venían. Augusto los mitigaba con algunos calmantes y, por un tiempo, habían dejado de molestarlo. Finalmente, aquel día fue al consultorio. La extracción de una muela parecía ser la solución.

A pesar de que habían transcurrido varios días, el dolor seguía siendo agudo, inalterable. El dentista, entonces, sospechando que el cuadro encubría algo más, lo derivó al Hospital de Clínicas.

Cuarenta y cinco días pasaron después de la extracción, y llegó la fecha con el turno que le dieron para consultar con un médico clínico. Este lo mandó a hacer estudios y análisis diversos: sangre, orina, radiografías, ecografías. Demoraron dos semanas en entregárselos. Augusto debía llevarlos al médico, al que recién pudo ver quince días más tarde.

Luego de observar cada uno de los resultados, el clínico lo derivó a un oncólogo.

Augusto no preguntó por qué. Tal vez, porque se le hacía muy presente la veneración que tenían en su casa a los médicos. Cuando sus padres hablaban durante las sobremesas sobre un doctor, lo hacían con un respeto tan excesivo que se imaginaba a un semi-dios, alguien que lo sabía todo sobre las personas y sus enfermedades. Preguntarle era casi una ofensa, no debía dudarse de sus indicaciones que, al fin y al cabo, estaban para eso, para obedecerlas.

Tres semanas después, con los mismos sobres que había llevado al clínico, se encontraba sentado frente a uno de los jefes del servicio de oncología: el doctor Alberdi.

Había un tumor que debía ser extraído con cierta urgencia.

Aunque alarmado por la palabra “tumor”, a Augusto la noticia pareció aliviarle el peso de tener que decirle a su madre que se iría a vivir con Pilar. Sin embargo, era la cara de preocupación del médico lo que más lo asustaba.

—Por lo que se ve aquí, el tumor parece tener una forma regular. Lo extraeremos. Luego vienen unas sesiones de radioterapia, y tiene un gran porcentaje de posibilidades de que todo termine ahí.

Después de decir esto, se quedó en silencio esperando alguna pregunta, pero Augusto lo miraba sin pronunciar palabra. Mostraba una cara inexpresiva. Al médico le pareció una actitud extraña para alguien cuya vida estaba en riesgo.

—Le va a quedar un agujero en el paladar —le explicó tratando de provocar alguna reacción.

Lo miró desafiante a Augusto, que se quedó callado.

Alberdi se sentía incómodo. Lo habitual era que los pacientes se angustiaran y que él los hiciera sentir que dependían de sus ma-

nos, de su saber. Entonces, actuaba su rol: sería el salvador, alguien que los rescataría de la muerte. A partir de la cirugía, renacerían para deberle aquello que no hay forma de pagar. Aquí estaba descolocado. Un hombre maduro, indiferente ante un diagnóstico de cáncer en la boca.

—¿No le interesa saber que va a pasar con su paladar, si va a poder hablar normalmente?

—Sí.

—No parece. Bueno. Se le va a colocar una prótesis de acrílico para que pueda comer sin problemas. Antes de eso, estará tapado con algunas gasas y deberá hacerse unas curaciones —esta última frase Alberdi la pronunció mirándolo fijo.

Augusto no se inmutó. El oncólogo se quedó en silencio mientras completaba las recetas y las indicaciones para los análisis prequirúrgicos. Se levantó bruscamente del escritorio, le extendió los papeles al paciente y lo acompañó hasta la puerta.

—Lo espero en tres semanas a las siete de la mañana, en ayunas, para la operación. No se olvide los análisis y las radiografías.

—Muy bien, doctor. Gracias.

Alberdi se quedó mirando el lento andar de Augusto, que se dio vuelta y, al verse observado, sonrió.

Ahora debía ocuparse de su boca. Ya no era urgente hablar con su madre sobre su ida a España.

Le comunicó a Lisy la novedad. Ella apenas pudo reaccionar. Demoraría varios días en hacerlo. Él se encerró en su habitación y se sentó ceremonioso frente a la computadora. Le escribió un correo electrónico a Pilar para informarla y explicarle el motivo por el cual no podría ir. Ella se entristeció y, para no trasladarle su honda preocupación, escribió frases optimistas. Evitó hablarle, para no llorar, excusándose en una afonía atroz. Le pidió que conservara la concha marina, cuya otra mitad estaba en su poder, para que le diera suerte y agregó que estaba segura de que muy pronto ambas partes se reunirían y así cumplirían la promesa. Le pidió que alguien de su confianza se comunicara con ella para

ponerla al tanto de todo, que le avisara lo antes posible, ni bien saliera de la internación, y que no dudara en pedirle lo que necesitara y que, por favor, hiciera lo posible para recuperarse rápido.

“TE EXTRAÑO. TE QUIERO MUCHO” estaba escrito en grandes mayúsculas.

Augusto no pudo evitar derramar alguna lágrima y, por primera vez desde que supo de su enfermedad, tuvo miedo.

Intrusos

La operación había salido bien, según les transmitió un médico del equipo del doctor Alberdi a Lisy, a Marcelo, su cuñado, y a Norma, su hermana. Los bordes estaban bien delimitados, y el cáncer tenía buen pronóstico. Unas cuantas sesiones de rayos serían necesarias para prevenir una repetición del tumor, una “recidiva”, según la solemne explicación. Le colocarían una placa acrílica en la zona del paladar, una vez que cicatrizara la herida.

Norma preguntó por el origen del mal, el médico dio como probables causas el exceso de cigarrillo o de alcohol. Augusto no había tenido nunca excesos de ese tipo. La otra razón era, entonces, alguna infección dentaria mal atendida que se fue transformando con el tiempo hasta devenir en cáncer.

Estaba en una habitación individual formada por tabiques. Aunque el día era soleado, la ventana de vidrios sucios transformaba la claridad en una luz gris. Cuando Augusto despertó, vio a los tres visitantes parados frente a su cama. Cada uno de ellos disimulaba la impresión que les causaba verlo adormecido. Lo miraban con los ojos muy abiertos en oposición con los pesados párpados de Augusto. Cuando él abrió los suyos, los vio sonriendo con timidez; aunque seguía bajo los efectos de la anestesia, esa presencia le indicaba que estaba despierto. Lo fastidiaba que estuvieran allí intrusos, testigos de su intimidad.

Sobrellevaba la sensación de haberse convertido en un despojo desde el momento en que se quitó el reloj, el anillo, y tuvo que vestirse con un camisón verde que dejaba su culo a la intemperie. Y esa indiferencia de las enfermeras para con su cuerpo..., como si fuera un pescado en la pescadería o una media res en un frigorífico. Era el turno de quedar expuesto en la sala de operaciones, en donde su cuerpo se transformaría en un campo de experimentación. Él quería que todo a su alrededor desapareciera. Volvió a cerrar sus ojos y durmió un rato.

Al cabo de unas horas y luego de recobrar la conciencia con plenitud, con su lengua recorrió atemorizado la nueva geografía de su boca: la cirugía había dejado allí un hueco atiborrado de gasa. Esto le impediría, en adelante, hablar y comer normalmente.

Las visitas seguían allí, hablaban entre ellas sin darse cuenta de que había vuelto a despertarse. Al percibir sus movimientos, se acercaron. Ellos sonreían intentando transmitirle confianza. Él se sentó en la cama, apenas saludó, pidió una lapicera y un papel. Le anotó a Marcelo la dirección de correo electrónico de Pilar y un texto: “Decile que yo digo que estoy bien y que la extraño. Cuando termines de escribirlo, imprimilo y traeme una copia”.

Por la noche, sentado frente a su computadora, como un entrometido en esa relación, Marcelo repitió textualmente el mensaje de su cuñado, agregándole palabras de tranquilidad.

Al día siguiente, cuando lo visitó por la mañana, Augusto dormía. Para no molestarlo, quiso dejarle la copia en el cajón de la mesita metálica, al lado de su cama. En su interior una caracola descansaba solitaria. Augusto se despertó y, al ver que Marcelo estaba por dejar allí el mensaje, le hizo señas para que se lo diera. Lo leyó varias veces. Dobló el papel, lo guardó bajo la almohada: en una semana estaría fuera de la internación y podría comunicarse con ella personalmente. Volvió a cerrar los ojos hasta que su cuñado se fue.

Papillas

Habían transcurrido algunos meses de la operación. Augusto superó con dificultad el tratamiento de rayos. Le resultaba doloroso y no llegó a completarlo. A pesar de eso, el doctor Alberdi le había dicho que tenía grandes posibilidades de recuperación: “La mayoría de los pacientes se recupera, es muy importante el ánimo”.

Le pronosticó que el dolor se le pasaría a medida que avanzara la cicatrización. Una vez lograda, el próximo paso sería ir al dentista para reconstruir la dentadura y realizar la prótesis que cubriría el agujero en el paladar. Augusto no podía pronunciar algunas consonantes, y entenderlo se hacía dificultoso.

No quería hablar por teléfono con Pilar. Se comunicaba por correo electrónico. Intercambiaban recuerdos de Mallorca. Ella le enviaba fotos. Él no las retribuía. No quería mostrar lo desmejorado que estaba por el peso perdido. No tenía el mismo apetito de siempre. Sin embargo, le prometía volver a degustar juntas aquellas comidas, recordadas tantas veces

Los hábitos de la casa habían cambiado. Ahora Lisy hacía papillas para que su hijo se alimentara. Todo se convertía en plastas de distintos sabores, fueran dulces o saladas: calabaza, papa, cebolla, pepinos, zapallitos, huevo, pollo pasaban por la trituradora, como también bananas, naranjas, zanahorias, kiwis mezclados con dulce de leche o miel. Los helados eran derretidos con dedicación por Augusto hasta lograr un líquido espeso.

Él permanecía largas horas encerrado en su pieza, aunque iba a dirigir algunos torneos cuando era necesario. Estaba ahora más ensimismado.

Lisy le reprochaba que se pasara el día con la computadora, “como si fuera una novia”. Además, se quejaba porque Augusto comía sin hambre, a pesar de que ella se esforzaba en mejorar el sabor de la comida. Sin embargo, a Augusto lo invadía el desgano. En sus ojos sin brillo, había una expresión de derrota. El espejo

le devolvía una tristeza que lo contagiaba y, aunque realizaba los gestos de ir al médico, no creía en su mejoría. Ya no ensayaba discursos para comunicar su ida a Barcelona con Pilar.

Fue una tarde de noviembre cuando el especialista le ordenó una biopsia, motivada por los dolores que Augusto seguía manifestando. Tres semanas después, debía concurrir a una nueva entrevista.

Con los resultados del estudio, volvió al hospital. A pesar de que la consulta estuvo programada con suficiente antelación, lo atendió otro doctor del mismo equipo, que nunca había tenido contacto con él. Su cuñado lo acompañó y fue quien se ocupó de hacer las preguntas. Augusto aprovechaba los silencios de la espera para cerrar los ojos y añorar los paseos por Mallorca, las caminatas por Barcelona y las manos, la boca, la piel de Pilar.

Una tarde calurosa de verano sintió que sus fuerzas no daban más. Llegó hasta la guardia del hospital, y allí ordenaron su internación. Sería alimentado por una sonda con una sustancia especial.

Para Alberdi, una nueva cirugía era de alto riesgo, aunque no la descartaba. El cáncer estaba formado por células muy agresivas. Aquel buen pronóstico, que le había permitido mostrarse autosuficiente, parecía muy lejano ante su impotente gesto con el que solo proponía esperar. Habían pasado cuatro meses desde la operación.

Augusto permanecía durante largos períodos con sus ojos cerrados. Así lograba recrear aquellos sonidos, los del mar. Por momentos creía que una brisa lo envolvía. Ya no sentía dolor. Esa brisa lo pacificaba. Pilar se acercaba y lo tomaba de la mano. Ya no importaba la comida, ni levantarse en las mañanas. Aquel mar retornaba cuando los párpados volvían a cerrarse. ¿Para qué abrir los ojos, si era ella la que aparecía todas las veces que él quería?

Ya no hay ruidos externos, es su voz, la de Pilar, la que se escucha, y es, otra vez, el mar, el de Mallorca, en el que se sumerge y en el que nada hasta alcanzarla. Y la alcanza. Ya no vuelve.

Lisy

Mate

Lisy llegó a la casa de Norma a las cinco de la tarde. Solía irrumpir por la entrada de servicio en lugar de entrar por donde lo hacían las visitas: la puerta del *living*. Ella consideraba un privilegio, que se había otorgado a sí misma, usar los espacios domésticos de la casa de su hija. Sin pedir permiso ni preguntar, caminaba libremente por todas las habitaciones, como si aquella familia la hubiera invitado a integrarse. Lo cierto era que esa actitud provocaba en Marcelo y Norma el deseo contrario: que la visita fuera lo más corta posible, cosa que nunca lograban porque se quedaba todo el tiempo que ella creía necesario.

Aquella tarde de agosto, luego de tocar el timbre dos veces, estuvo por abrir con su propia llave, pero su hija se adelantó por unos segundos y le franqueó la entrada.

Lisy fue directamente al dormitorio principal para dejar el abrigo y el bolso de plástico marrón con flores verdes, que hacía juego con su vestido de color verde con flores marrones. Volvió con la misma velocidad a la cocina, en donde su hija la esperaba.

—Hago unos mates —le avisó a Norma.

De una alacena sacó el azúcar y la yerba; de un cajón, la bombilla y la cuchara; luego, fue por el mate y abrió otra puerta. Estos movimientos eran realizados con brusquedad mientras no dejaba de hablar ni por un instante. El ruido de las puertas, el golpear los frascos de vidrio, el chorro de agua que caía con fuerza en el fondo de la pava adquirirían mayor volumen al asociarse con la estridente voz de Lisy. Todo el bochinche que desplegaba la cansaba a Norma de tal modo que, a los cinco minutos de haber llegado su madre, deseaba que se fuera.

Mientras rearmaba su paciencia, Norma tenía la sensación de estar haciendo un acto patriótico: prestarle los oídos a esa señora mayor.

—¿A que no sabés quiénes se separaron?

La mirada intrigada de su hija la habilitó para seguir.

—No lo vas a creer.

—Y, si no me decís, no sé.

—Roberto y Lidia. Es increíble.

Era una pareja que Norma conocía desde niña. Se habían frecuentado a menudo con sus padres durante varios años, cuando compartían la crianza de sus hijos pequeños. Recordó el verano en que habían ido todos juntos de vacaciones a la misma casa de Miramar.

—A mí me parecía que no se llevaban bien, pero hacía tanto tiempo que estaban juntos... —continuó Lisy, excitada con la noticia.

—¿Y qué pasó?

—Él no quiso saber más nada. Se mandó a mudar.

—Así nomás.

—Él dijo que se aburrió de ella. No entiendo. A Aída siempre le gustó salir, estar con gente. Para mí que tiene otra.

—Pero ¿qué edad tiene?

—Él tiene setenta y cinco o por ahí anda.

—Mirá vos.

—Sí, dijo que ya no la soportaba más.

—Qué cosa..., tomar una decisión así a esa edad.

—Bueno, en ese sentido, yo puedo estar orgullosa.

—¿Orgullosa de qué, mamá?

—Tu padre nunca me dijo que no me aguantaba más, ni me dejó.

—No entiendo, papá murió hace más de veinte años.

—Claro, se murió, pero no me dejó.

—Mamá, ¿preferís que se haya muerto a que esté vivo, aunque sea sin vos?

—No quise decir eso.

—Sí, es lo que dijiste. Preferiría que papá estuviese vivo, aunque no esté con vos.

—Bueno, no sé. La cuestión es que no me dejó. Nunca se aburrí conmigo.

Norma contuvo su indignación e hizo que iba a buscar algo al lavadero. Para evitar una discusión que sabía inútil, optó por el silencio.

Veía el movimiento incesante de los labios de Lisy, escuchándola cada vez menos.

Se limitó a esperar a que se cumplieran dos horas de visita. Al decirle a su madre que tenía que ir a hacer algunas compras antes de que llegara su marido, encontró el modo más elegante para acompañarla hasta la parada del colectivo. Cuando subió y la vio alejarse, se descargó en un largo suspiro.

Casa

La casa de Norma comenzó a ser el centro de reunión familiar en la medida en que la de Lisy dejó de serlo. La participación de su madre en los encuentros fue cedida por propia iniciativa: la fatigaba armar comidas pero, sobre todo, nunca había tenido vocación de congregar. Había dejado de invitar, solo iba de invitada. El hogar de Lisy se fue convirtiendo así en un reducto que únicamente compartía con Augusto.

Era en lo de Norma y Marcelo donde todos se reunieron aquel miércoles para cenar. La presencia de Daniela y Cecilia, hijas adolescentes del matrimonio anfitrión, amplió la mesa y transformó la reunión en un “consejo familiar”.

Lisy absorbía la atención monopolizando la palabra.

Mientras su abuela introducía un ñoqui en la boca, Daniela aprovechó ese silencio y le abrió el juego a Augusto. Solo como para distraer al resto de los comensales, preguntó por diversión:

—Y..., ¿ya tenés novia?

Él se mantuvo en silencio, con una sonrisa encubridora.

—Dale, ¿no me vas a contestar?

—Bueno..., en algo de eso estoy.

—¿En serio? —Cecilia encarnó la incredulidad de todos, que lo miraban expectantes.

La mudez de Lisy pesaba por sobre todas.

—Se llama Marta —continuó Augusto, provocando la atención.

—¿Y qué edad tiene?

—Cuarenta y cinco. Es separada.

—¿Separada? —preguntó Lisy, tratando de salir del estupor.

—Sí, y tiene dos chicos.

—Qué bueno. Vamos a tener primitos —festejó Daniela.

—¿Te vas a casar? —insistió Cecilia.

—Estamos pensando en vivir juntos.

Lisy apoyó los codos en la mesa y se tomó la frente con ambas manos.

El gesto no pasó desapercibido para el resto de los comensales, que seguían capturados por la novedad: era la primera vez

en cincuenta y cuatro años que Augusto anunciaba una novia formal.

—¿Y para cuándo?

—¿Para cuándo qué?

—Cuándo te vas a vivir con Marta.

—No sé. No decidimos todavía.

—¿Y conocés a los padres?

—Sí, me invitaron a comer varias veces.

—¿Y nosotros cuándo la vamos conocer? —preguntó Norma.

—Ya les voy a avisar.

Las preguntas llovían de todos lados, menos del de Lisy, que permaneció callada hasta el fin de la visita.

Hablar por teléfono era un hábito para Lisy y Norma. Todas las tardes, alrededor de las siete, las mujeres se contaban novedades. El único dato interesante para Norma consistía en saber que su madre estaba bien. A sus ochenta años, era una noticia.

—¡Qué bueno lo de Augusto!, ¿no? ¿Vos ya sabías? —comenzó Norma.

—No. Si él no me cuenta nada.

—¿Estás contenta?

—Estuve pensando. Si Augusto se va, voy a vender la casa.

—¡Vender la casa! ¿Por qué?

—¿Cómo por qué?, ¿para qué la quiero?

—¿No necesitás vivir en una casa? —Norma contenía la indignación.

—Me voy a un asilo.

—Pero mamá, ¿no te parece lógico que a los cincuenta y cuatro años Augusto se vaya a vivir solo?

—Solo no. Se va con una separada, con hijos.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo. Da igual, ya lo resolví.

—¿Resolviste qué?

—Lo que te dije, me voy a un asilo. Les dono el departamento a ellos para que me den albergue.

—Podés hacer lo que quieras con la casa, pero vas a tener que conversarlo con Augusto también. —Norma intentaba contenerse, pero el temblor de su voz la denunciaba.

—Ya se lo dije hoy a la mañana.

—¿Y qué dijo?

—Nada.

—Bueno, pensalo. Que tu nene se vaya a vivir solo no es tan terrible.

—Solo no.

—Está bien, mamá. Está bien. La seguimos en otro momento.

Lactancia

—¿Hace mucho que no come? —le preguntó la doctora al paciente.

—Y... hará casi una semana que no come ni toma...

La nutricionista giró su cabeza al rincón de la habitación. La mujer de ochenta y cuatro años había respondido con una sonrisa.

—¿Cuánto está pesando ahora? —insistió la doctora, hablándole a Augusto.

—Sesenta y cinco kilos —respondió la mujer, con gesto amable.

—Sesenta —corrigió él, con voz tenue.

—¿Y su peso habitual de cuánto es?

—Setenta y cinco —respondió la señora desde el otro lado.

—Setenta y dos —señaló él, ayudándose con los dedos de las manos.

Con gesto profesional, la joven médica pellizcó la piel de las piernas de Augusto, que la miraba fastidiado ante esa intromisión.

—Bueno, lo que vamos a hacer ahora es darle alimento a través de la sonda que le pusimos.

Él asintió con la cabeza, cerró los ojos y se refugió en el sueño.

—Usted, señora, ¿es pariente?

—La madre. Insístale que coma, porque le resulta fácil decirme que no a mí, en cambio a una profesional le va a hacer caso.

—¿Qué edad tiene su hijo?

—Augusto tiene cincuenta y ocho.

—Y usted, ¿por qué no come? ¿No tiene apetito o no le pasa la comida? —le dirigió la pregunta al paciente.

—No sé —contestó con visible molestia y volvió a cerrar los ojos.

Luego de la operación en la boca, y tras un tiempo de recuperación, Augusto regresaba ahora al mismo hospital, al piso de cirugía oncológica, en donde había estado internado meses atrás. Desde la guardia, lo derivaron al tener en cuenta su historia clínica y el estado de evidente desnutrición.

—Le vamos a hacer unos estudios para ver si tiene alguna obstrucción en el esófago y determinaremos qué pasos seguir —le explicó la médica.

—Muy bien, doctora —contestó Lisy—, pero dígame que coma, por favor.

—No se preocupe, ahora le vamos a dar alimento por esa sonda que tiene conectada. Es una leche especial con los nutrientes adecuados.

Las dos mujeres salían caminando de la sala. De pronto la voz de Augusto se escuchó desde el fondo:

—Ma.

Lisy volvió rápidamente sobre sus pasos, atenta al pedido de su hijo.

—Cerraré la ventana —ordenó Augusto.

Ella, con pasos cortos y veloces, se acercó y cerró una de las persianas.

—¿Está bien así? —dijo mientras actuaba una reverencia cómplice con la que recreaba el juego que solían hacer en la casa que ambos compartían.

Él señaló la otra que había quedado entreabierta. Ella repitió la acción.

—Así le parece bien al señor —contestó irónicamente.

Augusto, sin abrir los ojos, asintió con la cabeza y se sumergió nuevamente en el sueño.

Reloj

—¿Qué hora es? —preguntó Augusto ni bien abrió los ojos y la vio.

—Las once de la mañana.

—¿Hace mucho que llegaste?

—A las nueve.

—Abrí las persianas.

—¿Así está bien?

—Un poco menos.

Augusto constató el día y clausuró los párpados.

—¿Desayunaste? —preguntó ella.

—Tomé un poco de leche —contestó él, con esa dificultad para hablar y sin mirarla.

Ya le habían sacado el suero, y el alimento le llegaba por una sonda conectada a la nariz. Las manos de su madre eran ahora el vínculo con el almuerzo y la cena.

Lisy era una mujer vigorosa que desmentía sus ochenta y cuatro años. Luego de varios días de acompañarlo en el hospital, desde la mañana hasta la noche, había estrechado relación con las enfermeras, que ya le dispensaban un trato familiar.

—¡Qué madre! —Admiraban su vitalidad y abnegación.

Lisy tomaba ese elogio como un reconocimiento más importante que un título universitario.

Aquella tarde, Norma había pasado a visitarlos. Su hermano apenas cruzó un saludo con ella y luego cerró los ojos.

Madre e hija decidieron despejarse y conversar un rato en el bar de la esquina.

—Ma.

Sonó el llamado de él cuando atravesaban el umbral de la sala. Lisy volvió presurosa.

—¿Dónde está la radio?

—Ahí, al lado en la mesa de luz —contestó ella, acercándose.

Augusto estiró el brazo y la puso debajo de las sábanas.

—Vayan tranquilas —ordenó con su decir gangoso.

Madre e hija atravesaban a paso lento el *hall* del hospital rumbo a la calle, tomadas del brazo.

—Él quiere su reloj pulsera, pero me dijeron que es mejor que no se lo ponga —decía Lisy.

—Es lógico, se puede lastimar. Traé uno de mesa chiquito, esos de plástico que son muy baratos.

—Es que aquí se lo van a robar —dijo con falsa preocupación.

—Pero mamá, ¿quién se va a robar eso?

—Y... viste cómo son las enfermeras... —insistía Lisy.

—Es que así él va a saber la hora. En un hospital se pierde la noción del tiempo.

—Él sabe que cuando estoy yo es de día y cuando no estoy es de noche, ¿qué más necesita?

—Es que hay otras formas de saber la hora, ¿no te parece?

Su madre, con gesto contrariado, asintió sin convicción.

—Además, no es necesario que te quedes todo el día. Él duerme la mayor parte del tiempo. Es un gran desgaste. Podemos pagar una persona que venga a darle de comer.

—No es lo mismo.

Al día siguiente, Norma trajo un reloj y lo dejó en la mesa de luz. Un despertador pequeño de plástico color verde con números que se alumbraban en la penumbra.

—¡Ah! Al final lo trajiste —la sorprendió Lisy, entrando veloz desde la sala de enfermeras.

—Sí, mamá. Lo dejo aquí.

Augusto permaneció, durante la visita de su hermana, con los ojos cerrados.

Las mujeres repitieron la salida al bar de la esquina y, al despedirse, reiteraron recomendaciones de cuidados mutuos que ninguna de ellas consideró.

Tres días más tarde, en una de sus habituales visitas vespertinas, Norma comprobó que el reloj había desaparecido.

—¿Qué pasó, mamá? —le preguntó señalando el lugar vacío.

—Te dije. Aquí no se puede confiar en nadie. Hay una chica que está a la noche que no me gusta nada, pero no puedo probar que

haya sido ella. No le voy a estar revisando la ropa. ¿¡Qué va a hacer!?

—¿Traigo otro?

—No, dejá. No es necesario, no tires la plata.

El desaparecido aparatito verde estaba oculto en el bolso de Lisy. Norma nunca se enteraría.

Marcelo

Mallorca

—¿Vos nunca estuviste en Mallorca?

Él sabía que yo no había estado allí, a pesar de mis frecuentes viajes por el mundo. “Una forma de expresar su agresividad”, pensé. En seguida recordé aquella birome, con un logo de hotel, que me había traído como regalo y que al entregármela con tanta ceremonia me pareció una burla.

Lo miré intentando descifrar el motivo de esa pregunta. En sus ojos vidriosos asomaba una añoranza. Hizo un largo silencio. Juntó los labios para decir... No supe qué, pero se arrepintió. Algo había en él que quería hablar, pero no él.

Nada de gracia le causaba que lo estuviera acompañando para ver al médico. Su imagen se había deteriorado mucho desde la última vez que nos habíamos visto, un par de meses atrás. Ahora estaba pálido, muy delgado, con los ojos saltones. De pronto, irrumpió con un recuerdo dicho para sí mismo:

—Es precioso, ¡no sabés los hoteles que hay!, ¡y los restaurantes! Tiene una costa con barcos. Espectacular. El puerto, lleno de veleros, uno al lado del otro... —Algo pareció encenderse y apagarse velozmente—. Y ella...

Esperé un instante para que continuara, pero volvió a elegir el silencio.

—Ella. Lo decís por Pilar. A la que le mandé el mail.

No contestó. Creí ver un disgusto, una bronca que deseaba masticar sin dar explicaciones. Al cabo de unos minutos, volví a insistir.

—¿Cuánto hace que estuviste?

—Dentro de una semana va a ser un año —dijo y contuvo una lágrima.

El médico no había llegado. En esa bolsa despintada de supermercado, guardaba los resultados de los análisis, incluidos los de la última biopsia.

Nos habíamos encontrado a las nueve en punto en el Hospital de Clínicas, hacía más de una hora.

—Si querés ir, andá. Vos tenés que trabajar —exageró en su intento por parecer amable.

Mi presencia lo incomodaba, y la cortesía era una pantalla para encubrir su hostilidad, su deseo de que me fuera.

El hueco que había dejado la extirpación del tumor en su paladar lo hacía hablar con dificultad. Ese modo excesivo, tan propio de su estilo, pronunciado ahora en forma gangosa, unía lo penoso y lo grotesco.

—No te hagas problema, vine porque quiero. Tengo tiempo —le respondí cumpliendo los ritos de formalidad.

Pasaron dos horas. Él hacía más de una que no hablaba.

—Estoy cansado, disculpame.

Su silencio me invitó a convocar las últimas imágenes que guardaba de su casa: corbatas de distintas épocas, envueltas en su correspondiente celofán cubierto de polvo; camisas viejas y nuevas fuera del placard; el colchón roto; las sábanas sucias; infinidad de notas en pequeños papeles que, pegados en las paredes, recordaban tareas pendientes y números telefónicos; monedas apiladas sobre la mesa; billetes ordenados meticulosamente. A esa habitación de eternas persianas bajas con olor a encierro, apenas iluminada por una lámpara oscurecida por la tierra, no accedía nadie, solo su madre. Ambos compartían el departamento de dos ambientes. Aquella vez estuve diez minutos y quise irme rápido.

Vivir solo, a los cincuenta y nueve años, le parecía extraño, al menos esa era su reacción cuando su hermana le sugería que alquilara un departamento lejos del dominio de su madre.

—¿Te parece, Norma? —contestaba sorprendido, sugiriendo que se entrometía en un asunto muy privado.

Su última relación conocida, aquella mujer que contactó por Internet jugando al *bridge*, le había pagado todos los gastos para pasar el fin de año anterior en Mallorca.

Sentados uno junto al otro en el severo banco, él apoyaba su cabeza calva en la pared y se mantenía con los ojos cerrados, aunque

no dormía. Yo, atrapado por tanta dureza y su indiferencia, quise despegarme: caminé el pasillo con la excusa de estirar las piernas y la espalda. Al pasar a su lado, reconocí ese pantalón beige descolorido, con una inusual bocamanga ancha, entre los tantos que vi arrojados sobre las viejas sillas de su pieza. Los mocasines, sin lustre; la campera antigua de cuero marrón, con las mangas desteñidas y gastadas, le cubría el regazo. Los treinta grados de temperatura ridiculizaban su previsión invernal, impensada para diciembre.

Estar en un hospital deteriorado, atestado de gente, pendiente de que alguien se acordara de que había un horario para atender a un paciente que esperaba hacía más de dos horas, generaba que me sintiera un mendigo y socavaba mi dignidad, nuestra dignidad. Aunque a él no le importaba. Recordé que estaba ahí para hacer de escudo ante el dolor insoportable que a mi mujer le provocaba ver a su hermano en esas condiciones y acepté resignado la espera, imitando la mansedumbre del resto.

Le habíamos advertido, muchas veces, que era mejor tener un servicio de medicina prepaga, aunque más no fuera para evitar esa sensación de cruel desamparo de la salud pública. Él hubiera podido pagarlo. ¿Por qué eligió soportar tanto maltrato? Ese desinterés por sí mismo me enojaba pero, como un ciego que camina hacia el precipicio, desoyendo toda advertencia, nunca aceptó intervenciones ajenas. ¿Le interesaba curarse?

—Creo que se va tener que volver a operar —diagnosticó, sombrío, el joven médico, que no era el que lo atendía habitualmente. Su jefe había faltado, y el paciente se había transformado en un expediente que cambiaba de mano.

El rostro poco curtido humanizaba sus rasgos. La falta de experiencia lo asimilaba a un mal jugador de póquer que deja traslucir sus emociones. Parecía asustado por el cuadro de mi cuñado, luego de leer el resultado de la biopsia. Denotaba más preocupación que el propio paciente y, sin saber qué decir, huyó para adelante, programando una nueva cirugía.

—¿Le parece aconsejable, doctor, una nueva intervención? ¿Él está en condiciones? ¿No cree que sería riesgoso? —intervine, preocupado ante el silencio indiferente de Augusto.

—Lo veremos con el equipo. Tendremos una reunión la semana próxima. Mientras tanto, le hago las órdenes para los exámenes prequirúrgicos. —Y ocultó su mirada en el recetario.

Augusto, sin pronunciar palabra, miraba fijamente al médico, quien se mostraba descolocado ante esa expresión que parecía burlona. El doctor quería deshacerse de esa presencia. Llenó recetas apurado y se las entregó al paciente.

Con los papeles ya en la mano, Augusto preguntó:

—¿Y cómo lo pago?

—Bueno, en caso de que no tenga dinero, le hago una orden para el servicio social. —El médico me miró sin decir nada.

—¿Cuánto salen los análisis, doctor? —pregunté sorprendido.

—Cien pesos.

Para no desautorizar a Augusto, me contuve de ofrecerle dinero delante del médico. Mi ropa, mi saco de lino, mis zapatos nuevos me humillaban ante esa cifra insignificante. Él tenía ahorros invertidos en la bolsa: acciones que desde hacía largo tiempo daban sus dividendos. No calculé que eran más importantes que su propia salud.

En el pasillo saqué un billete de cien pesos que él tomó sin resistencia.

—No dudes en pedirme dinero, si te hace falta. —Me esforcé en ocultar el reproche disfrazándolo de compasión.

Antes de irme, le insistí para que intentara otro tipo de tratamiento, pero, ajeno a sí mismo, lo negó con un gesto.

Luego de la despedida, siguió su camino a las ventanillas, que ya conocía, para iniciar los trámites en el servicio social. Yo me fui a la oficina.

Consulta

El espacio está colmado. Somos nueve personas. Tres parejas, una madre y su hija, de unos seis años, y yo. Todos tienen un sobre de papel manila. Me aterran esos diagnósticos ocultos. Imagino la cara del oncólogo mientras los lee ante los ojos desesperados de su sentencia.

El sonido del teléfono interrumpe el espeso silencio. La secretaria, al atender, captura la callada atención de todos que, luego de escuchar la agenda disponible para las consultas, regresan a sus propios pensamientos.

En este lugar de mierda, solo me alivia saber que no vine por mí.

La mujer de la derecha hojea su revista. Tendrá sesenta años, parece no concentrarse en la lectura, tiene ojos tristes. Su marido, sin que ella lo perciba, la mira como si viera desde la orilla un barco que se aleja.

La única manera que encontré para hablar con el médico fue pagando una consulta en privado. En el hospital hay que esperar mucho para verlo.

La nena está sentada quieta al lado de su madre, en el sillón de dos cuerpos. Es muy pálida. Las observo para verificar si es una palidez heredada. Me alivia constatar que sí. La nena no juega. Busco en ella alguna señal de alegría. La razón me dicta con crueldad: “Si la enferma es la madre, la hija no hubiera venido”. Me respondo que, tal vez, no haya tenido alguien con quien dejarla.

Me invade el malhumor. Busco una revista que me distraiga. Mientras la hojeo, ensayo preguntas para hacerle al médico. Me obligo a no perder de vista mi estrategia: ganar tiempo para presentar un recurso de amparo e impedir que desalojen a Augusto del hospital. Lo han desahuciado y en Oncología ya no quieren hacerse cargo de su cuidado. La administración de la salud expulsa a los moribundos para que dejen la cama libre.

No quiero cargar yo con Augusto. Tampoco Lisy hubiera podido, aun sin estar internada...

Veó que la nena está jugando y me alivia.

¿Deberíamos Norma y yo cuidarlo en nuestra casa? ¿Soportar la lenta podredumbre, ver morir su cuerpo consumido sobre una de las camas en donde han dormido mis hijas?

Me horroriza pensar la situación, me asusto de mi egoísmo. “Soy humano”, me digo con fastidio.

Estoy hartado de la impuntualidad del maldito médico, el cruel sabelotodo, bendito hijo de puta. Dejo la revista sobre la pequeña mesa y camino por la sala ignorando las miradas. ¿Deberíamos cuidarlo en nuestra casa? La pregunta no deja de martillarme la cabeza.

El médico tiene el pelo colorado y un bigote que hace juego. Abre una carpeta de cartulina y mira la historia clínica. Luego, con fingido pesar, intenta explicarme el cuadro de Augusto.

Sobre el aparador, dentro de un marco plateado, el doctor protagoniza una foto de rostros felices que parecen burlarse de quienes se sientan en donde estoy yo ahora.

Me obligo a conservar la lucidez para lograr mi objetivo.

Le pido que no vaya con rodeos.

—Es una cuestión de días.

—¿De cuántos días?

—No se sabe. Dos semanas, tal vez.

—¿Usted dijo que le den el alta? —le hablo con calma; con esfuerzo, oculto mi indignación.

—En Oncología no podemos hacer nada.

—Claro, pero ¿quién lo va a atender?

—No es un caso de mi área.

—Es un paciente oncológico.

—Sí, pero es terminal. Nosotros no podemos hacernos cargo.

Ensayo un tono de complicidad para que confíe.

—Sé que un paciente así influye en las estadísticas de tu área. Un muerto no es bueno para vos, es una suma negativa, pero la idea es conseguir una cama en un lugar de cuidados paliativos, así que te pido que lo dejes hasta el martes, a más tardar, y luego lo trasladamos.

Alberdi se queda en silencio, mirándome.

—Hasta el martes, a más tardar.

—Quedate tranquilo.

Asiente con la cabeza. Es viernes a las seis de la tarde y no quiere perder más tiempo conmigo. Tal vez debía irse al *country*, escenario de la foto feliz.

Cerca de la puerta y antes de despedirme, me dice inesperadamente:

—Tu cuñado es un clavo. Es muy extraño, casi todos los pacientes con casos como el de él se curaron. Su tumor indicaba que podía curarse, pero no entiendo qué pasó.

—¿Entonces?

—Es raro, indiferente a la cura, como si hubiera preferido morir. Nos dejó a todos fuera de acción. —Sin “poder”, pienso—. Es como me dijiste, una estadística negativa. —Hiriente, deduzco.

Vacilo por un instante. Es una confesión. Augusto es su deshonra, su mancha en el currículum. Me hierve la sangre, quiero golpearlo.

—No te preocupes. El lunes busco un lugar para que no tengas problemas —le confirmo mientras lo miro a los ojos y le doy la mano.

El sol de la tarde es insoportable. A pesar del aire acondicionado del consultorio, transpiré mucho. Llamo a nuestro abogado. Ya tengo redactada la presentación para hacer en un juzgado el lunes a primera hora.

Octavo piso

La flecha hacia abajo anuncia la dirección del ascensor. Aunque su llegada no es segura. Dependerá de si se detiene o no en el entrepiso. Se corre el riesgo de que allí cambie de rumbo y vuelva a subir; en ese caso, la fila de la planta baja deberemos esperar una nueva llegada. Serán otros diez minutos. Las sucesivas visitas me han enseñado cuánto tiempo demora este viaje. También aprendí a calcular cuánta gente antes de mí impide la entrada al amplio elevador. Diseñado para llevar camillas, transporta personas en sus momentos libres.

La señora rubia que está enfrente de mí carga con su bolsita de plástico, como todos. Algún pijama limpio, remeras lavadas, dentífrico, revistas. Es el vínculo con el mundo exterior que traemos a los enfermos. Somos mensajeros que dan testimonio de que allí afuera hay una vida cotidiana que sigue transcurriendo.

Me siento hermanado con esa mujer en su rictus, en ese asco contenido, en la angustia de venir a un hospital público derruido. Es la única de clase media en la jaula atestada de gente humilde. Comparto su rebelión contra la pobreza mansa, entregada. Es el estómago el que se resiste a la decadencia porque sí. Ella y yo rechazamos con las vísceras la desidia del poder que baja en cascada hasta el personal de maestranza; que nos mira por sobre el hombro para que aprendamos la disciplina de la burocracia, los tiempos que guían hacia la resignación. Tratamos de descubrir la lógica carcelaria que nos permita sobrevivir en ese hábitat indigno y decadente.

No es el clásico olor a transpiración lo que inunda el habitáculo; es un vaho rancio, mezcla de alcohol, ropa recién lavada y pan viejo ligados por el calor húmedo del verano porteño. Algunos parecen contentos de estar allí. Como si fuera un paseo más de la ciudad. Tal vez, en sus terruños no abundan los ascensores y este viaje es como un boleto en primera a París. Me duele esa alegría.

La voz grabada, monocorde, anuncia cada piso. El octavo, Oncología, no es de los más concurridos, no llega nunca. No estoy ansioso por llegar, sino por irme.

Soy el único en salir. Voy de memoria hacia la derecha y alucino que alguien me detenga en el pasillo de camino a la sala para anunciarme su muerte, una muerte que lo libere de esa podredumbre lenta e inexorable. Una muerte que, por ser tan anunciada, me esclaviza a una angustia sin recreos.

Avanzo hasta el final del largo pasadizo sin que las enfermeras me reconozcan, hasta llegar a su cama. Duerme. Ensayo un saludo en voz alta, pretendo transmitir en mi tono de voz algún optimismo, contagiarle algo de vida. Abre apenas los ojos, me hace un gesto con la cabeza anunciando que me registró. Le pregunto cómo se siente, no me contesta, cierra los ojos.

Salgo y le pregunto a la enfermera cómo estuvo. Me mira sin saber qué contestarme. Su indiferencia profesional establece una distancia.

—Soy el cuñado.

No tiene la agresividad de otras, parece compadecerse de la situación. No sabe si decirme que el cáncer es terminal. Intuyo cierto cuidado en darme información. Para aliviarla, le digo que sé lo que tiene, solo quiero saber si sufre, si le duele. Ella me tranquiliza y me dice que no. No estoy seguro. Él está consciente, no me parece que duerma profundamente.

Regreso a la sala. Me paro a los pies de su cama, constato que la peor desgracia no es la muerte.

Me voy rápido, necesito irme. Quiero olvidar ese olor a podrido que hay en la habitación, los huesos a la intemperie, el gesto que espera la muerte como un alivio. No sé cómo solidarizarme con su dolor. Me duele el estómago. Bajo los ocho pisos por la escalera. En la calle prendo un cigarrillo. La primera bocanada me marea. Me apoyo en una pared, siento la transpiración y un frío leve. El tráfico me parece una bendición. La gente que transita invita a no detenerme. Camino varias cuadras para sacudirme el hospital de encima.

Entierro

La tierra húmeda que cae sobre el cofre de madera lo convierte en un tambor que confirma la certeza de la muerte.

El vano intento del rabino por arrojar el dolor se suma a la serie de estafas de Dios, que solo se hace presente con su crueldad. Es un dolor desnudo, inhabitable.

Un funeral de tres personas: mi hija Cecilia, Norma y yo. Veo en la mirada del rabino un reproche: “¿Por qué tan pocos?”. Me alegra saber que le arruinamos la fiesta. Tengo ganas de decírselo: es hora de que sus actuaciones carezcan de público; su obra tiene un pésimo texto en el que ya nadie cree.

Somos solo tres y así acentuamos ausencias, testimoniamos el abandono que fue su propia vida. Si no tuviéramos lazos tan directos, tal vez ni hubiéramos venido porque todos sabían que él mismo no asistiría al funeral de nadie. Salvo al de su madre.

Ella es hoy la gran ausente. Internada en una clínica, ignora la muerte de su hijo, aunque su corazón, tal vez, lo sepa.

El rabino lee mi furia, mi desconsuelo. Sabe de mi cuestionamiento a su “todopoderoso”, tan poco eficaz, tan inútil para todo. Sin embargo, me apiado de él. Escucho su oración. No quiero hacerle pagar los platos rotos al pobre tipo que nos está haciendo compañía un domingo a la mañana. ¿Para qué arruinarle su pequeño negocio?

Nos quedamos en silencio viendo el montículo. Augusto no está ahí. Está en mi cabeza, en mis palabras. Revivo sus imágenes, su placer por la comida, su inocencia, su falta de solidaridad, sus palabras vacías, su ser infantil, su indiferencia.

Desandamos el camino plagado de muertes diversas, y en el horizonte de tumbas descubro algunas cuyas fechas denuncian vidas cortas, más jóvenes que la de Augusto. ¿Qué ha hecho Dios para merecer el premio de la fe?

Supe que Augusto había venido, luego de su operación, a visitar la tumba de su padre. Los judíos suelen pedirles a los muertos.

¡Qué boludo fuiste, Augusto! Si hubieras invertido tu tiempo, tu dinero y tu inteligencia en procurarte una atención médica mejor, tal vez estarías vivo. No sé. Quizá no tenía el deseo de vivir. ¿Creyó que no valía la pena? ¿Qué habrá pasado por su cabeza antes de que la habitara el tumor?

Norma se apoya en mi hombro. Mi hija camina adelante. Ajusto mis pasos para alcanzarla y tomarle la mano. No está conmovida. Su juventud le permite alimentar algún rencor concreto: el que Augusto nunca haya visitado a su pequeña hija. Me consuela saber que así se sentirá más aliviada.

Encuentro

Mientras camino hacia adelante, en busca del número seis de Carrer Marina, giro la cabeza hacia atrás para espiar el Mediterráneo que asoma en el fondo. El día soleado y el aire fresco anuncian el comienzo de noviembre en Barcelona.

Mi viaje de negocios es ahora una excusa para conocer a Pilar. Cuando recibí su correo, luego del fallecimiento de Augusto, no creí que ocho meses después iba a tener la posibilidad de visitarla.

En las pocas palabras de aquel texto que envió como respuesta al mío, su dolor comprimido en esas líneas era contagioso. Yo había ensayado, en el intento absurdo de hacer menos desgraciada la noticia, múltiples fórmulas cuyo resultado fue transmitirlo todo como un cronista de noticiero curtido en tragedias ajenas. Ella, atreviéndose a mostrar lo que sentía, despertó mi compasión y respeto.

En aquel breve intercambio de correos, hubo una inesperada invitación: “Augusto hablaba mucho de ti. Si algún día vienes por Barcelona, no dejes de visitarme”.

Reservé esta mañana para verla. Aunque concertamos el horario, espero que no esté y, al mismo tiempo, mientras camino por el jardín del edificio de su departamento, la curiosidad hace que me parezca no llegar nunca.

Abre la puerta y nos quedamos un segundo en silencio. Es rubia, de ojos oscuros, profundos. Nos miramos, y al sonreír hay un aire de complicidad. Transmite vitalidad, a pesar de que nos convocamos por la tristeza común.

—Qué joven eres.

—Gracias. Vos también sos joven y, además, muy bonita.

—Ser galante es un tema de familia, parece.

La sigo por el corredor que llega hasta el *living* y mientras miro sus formas imagino que está con él, que es mi cuñada, que nos reunimos los cuatro en Buenos Aires una tarde de domingo para compartir una merienda en casa.

—¿Qué quieres beber?

—Un té está bien.

Espero en el sillón y me pregunto para qué vine. Me digo que por curiosidad o, quizá, para darle un espacio al recuerdo.

Pilar se acerca con las dos tazas y las sirve en la pequeña mesa. Me pregunta por el motivo de mi viaje, le cuento sobre mis negocios publicitarios. Parece interesada, aunque ambos sabemos que terminaremos hablando de Augusto.

Ella hace un relato de su trabajo y cómo la afectó la muerte de su querido. Le costó reponerse y aún lo sigue haciendo.

—Él te nombraba mucho.

—¿Cómo? —Me cuesta creerle. Augusto siempre me pareció distante. Nunca intercambiamos otra cosa más que formalidades, como a él le gustaba.

—Decía que eras como un hermano que le hubiera gustado tener.

Me quedé mudo. Me suena a una frase hecha, pero inesperadamente se me humedecieron los ojos. Pilar me acompaña. Me acerca unos pañuelos de papel. Nos recomponemos.

Pregunta por mi familia, aprovecho que estoy con mi computadora y le muestro fotos de mis hijas, de mi mujer. Ella se queda un largo rato observándolas, como imaginando que hubiera podido formar parte de ese grupo que aparece tan sonriente.

—¿Otra taza?

—No, está bien así, gracias.

Hace un relato de aquellas vacaciones en Mallorca, de lo bien que la pasaron, de la promesa del regreso que Augusto no pudo concretar, y sus ojos inundados miran al vacío.

Hablamos de nuestros *hobbies*. Le comento de mi afición por la escritura. Siente curiosidad. Me pregunta qué cosas escribí. Le comento que son temas diversos, relatos, cuentos. Que tengo alguno sobre Augusto.

—Se llama “Jamón de Liniers”. Lo escribí hace unos años.

—Pues no te puedes ir de aquí sin leérmelo. Hazme el favor.

Lo tengo en mi computadora. Lo leo, la veo sonreír, lo disfruta. Lo vuelve a leer. Se queda un largo tiempo en silencio, pensando.

—Oye, Marcelo. ¿Por qué no escribes nuestra historia? Ha sido muy hermosa.

—Bueno. No sé.

—Te la contaré en detalles. Si quieres, puedo enviártela por correo electrónico.

La veo entusiasmada, como si todo volviera a revivir. No me atrevo a decirle que no.

—Es una historia muy bonita.

—No lo dudo, no sé si estaré a la altura.

—Es que tú lo conocías y escribirás al personaje con esos detalles particulares.

Me muestra fotos. Me cuenta aquellas vacaciones. Mi compromiso es el de poder recrearlo todo según mi criterio.

De regreso en el hotel, me sobrevuela la idea de escribir.

Pienso el título: *La historia que pudo haber sido de Augusto y Pilar*.

Me parece largo. Tal vez, pueda resumirse en una palabra: *Mallorca*.

